SANTIAGO EXIMENO

IMÁGENES



ediciones del cruciforme

IMÁGENES

Santiago Eximeno

Índice

Imágenes

Primera edición Digital: Enero 2013

Maquetación y diseño: PremaEbooks

Texto: Santiago Eximeno

Edición: Ediciones del Cruciforme y PremaEbooks
EDC0004

www.cruciforme.com

Sobre el autor: www.eximeno.com

Para María Jesús, el faro de mi tormenta interior

LA LOCURA

El pelo revuelto, todavía sin peinar desde que lo había buscado a él en el comedor de los pacientes, caía sobre el visor. ¿Estaría poniendo el filtro de sus propios tejidos entre ella y cualquier mensaje amenazador que pudiese revelar el film?

EL SIGNO DE LA POLAROID

J. G. Ballard

1

SE LLAMABA ANDRÉS VERGARA, un nombre que debería haber pasado a la historia pero que, por los motivos que les narraré a continuación, se perdió entre volúmenes de psiquiatría aplicada y formularios de ingreso en instituciones mentales. Andrés tuvo una infancia feliz, nacido en el seno de una familia adinerada en uno de los barrios burgueses de la capital. Comenzaba un nuevo siglo de prodigios y esperanza, y su nacimiento trajo la alegría a sus padres en unos años de tristeza por la pérdida de una hija y la educación de un hijo enfermizo. Con un padre dedicado por completo a sus negocios y una madre ausente, más preocupada de las relaciones sociales con la vecindad que de sus dos vástagos, Andrés pronto estuvo en manos de Ariadna, una niñera contratada por la familia coincidiendo con su nacimiento. Ella acostumbraba a pasearle, desde muy pequeño, por uno de los parques cercanos a la urbanización donde se alojaba su familia, un conjunto de chalets adosados de ladrillos negros y tejados grises que se extendían formando una interminable hilera a lo largo de la orilla del río. En el parque el niño apenas jugaba con otros críos de su edad, mostrando ya en aquellos primeros instantes claros síntomas de introversión. Sin embargo, compensaba su reticencia a participar en las actividades infantiles con una gran imaginación, que cristalizaba en pequeñas construcciones realizadas con arena y dibujos de trazo irregular repartidos por los aledaños de los caminos de tierra como ocasionales tréboles de cuatro hojas. Ya en aquellos primeros años su insaciable curiosidad lo convertía en atracción para las demás niñeras. Aunque rechazaba la compañía de otros niños y se enfrascaba en sus juegos privados, prestaba mucha atención a todo aquello que le resultara nuevo, desde un broche de plata a unos diminutos pendientes o unas gafas de montura negra, y no cejaba en su empeño hasta que conseguía tocar los objetos que le fascinaban o, al menos, verlos de cerca. Esa actitud inquieta ante la vida le ocasionó diversos percances —el más importante de todos ellos, una caída con una brecha en la frente que necesitó varios puntos de sutura— que, como no podía

ser de otra forma, sus padres achacaron a los descuidos de Ariadna, despidiéndola pocos meses después. Andrés lloró mucho tiempo la separación, y aquellos que buscan dotar de un halo de misticismo la vida del hombre cuentan que aquella fue la única ocasión en la que se le vio llorar por la pérdida de otra persona.

Cuando cumplió los cinco años Andrés ingresó en una de las escuelas cercanas a su casa, localizada en un gran edificio gris que transmitía cierta tristeza. En aquel colegio no fomentó demasiado la amistad con sus compañeros, debido en gran parte a su natural timidez y a sus gestos bruscos, impropios de su edad. Inadaptado y reacio a relacionarse, al terminar el curso escolar fue trasladado por sus padres a otra escuela cercana, con la esperanza de que mejorara su integración. Por aquellas fechas recibió como regalo su primer telescopio, lo que le permitió pasar noches enteras en vela observando estrellas y nebulosas, ajeno a los juegos propios de su edad. Aquello debería haberle unido más a su padre, verdadero aficionado a la astronomía, pero de una forma u otra ambos siempre encontraban excusas para no coincidir. Cuando alcanzó los doce años empezó a desarrollar un parpadeo excesivo en el ojo izquierdo, que con la madurez se convertiría en un estigma visible de su continuo nerviosismo. Alejado de los chicos de su edad, que no podían compartir con él nada más que su indiferencia, y catalogado por sus profesores como un genio insolente de carácter introvertido y poco sociable, se refugió en la lectura y en su hermano mayor, Vicente. Éste, joven enfermizo y débil que sentía pasión por la botánica, procuró estar a su lado durante toda la niñez, pero la adolescencia vio como poco a poco se separaban, cada uno imbuido de una energía propia que canalizaban por distintos cauces. Cuando Vicente obtuvo una beca para estudiar biología en la universidad, decidió marcharse de la casa que tantos recuerdos le traía e ingresar en una residencia de estudiantes alejada de su ciudad natal. Poco después de su marcha, a su madre le diagnosticaron un cáncer de garganta, que poco a poco devoró su salud y la arrancó del seno de su familia cuando Andrés cumplió los diecisiete años. Así, sin apenas nadie en su vida que se preocupara por su destino, ya que su padre comenzaba a sufrir los primeros síntomas del Alzheimer que le llevaría incluso a olvidar la existencia de sus propios hijos, siguió los pasos de su hermano, al que ya no veía desde hacía más de un año, e ingresó en la universidad con la intención de profundizar en

un tema que le apasionaba, la psiquiatría.

Aquel gusto por la psiquiatría se había gestado en su interior a lo largo de los años. Víctima de un sentimiento de superioridad —confundido por muchos con un exceso de timidez e introversión— que le hacía sentirse privilegiado observador, ajeno a los sentimientos de su propia especie, decidió profundizar en la mente humana con la esperanza de poder comprender mejor a aquellos que consideraba, en la gran mayoría de las ocasiones en las que reflexionaba sobre ello, sus inferiores. Si bien era consciente de que aquel sentimiento que en ocasiones le dominaba carecía de un sentido lógico, no podía evitar pensar que él era diferente a todos aquellos que le rodeaban, y por qué no decirlo, más humano. Esa sensación de diferencia, de ser alguien escogido, le acompañó siempre, y algunos de sus profesores recuerdan con desagrado su altanería y su estudiado distanciamiento a la hora de tratar tanto con sus compañeros como con ellos mismos.

Durante años se dedicó en cuerpo y alma a sus estudios en la Facultad de Medicina. No salía por las noches con el exiguo grupo de conocidos que poseía, no abandonaba su casa si no era por un motivo de fuerza mayor (como recoger del banco su cheque mensual, producto de la administración de los bienes familiares que controlaba su hermano). Sus amistades —si podía denominárselas de ese modo— se fueron alejando de su órbita, y las primeras murmuraciones sobre su figura desgarbada y sus torpes modales no se hicieron esperar. Con el paso del tiempo, debido sobre todo a la constitución débil y enfermiza que había heredado al igual que su hermano, había sufrido cambios en su cuerpo que no le servían de ayuda alguna en su intento de incorporarse a la vida social. Excesivamente alto, de mirada vacua y nariz torcida, su inusual forma de caminar y sus modales descuidados, así como una alocada elección a la hora de seleccionar su vestimenta, le granjearon cierto desdén por parte de los vecinos al principio, por la urbanización al completo después. Ignorante de todo aquello Andrés continuaba su vida de estudio, convencido de su valía, y se refugiaba en la contemplación de las estrellas en los escasos momentos que dedicaba al ocio. Esto lo hacía como recuerdo a su padre ya fallecido, al que nunca llegó a querer con el amor de un hijo, pero si le profesó gran respeto y sintió cierto aprecio por él.

No tardó en graduarse con honores en su especialidad, siendo

el primero de su promoción. Ninguno de sus compañeros le felicitó ni se interesó por su éxito. Varios profesores le sugirieron, aunque sin demasiada insistencia, que intentara acceder a una cátedra en la misma universidad; algunos —los menos— le ofrecieron financiarle un despacho para que pudiera ejercer como psiquiatra. En realidad todos ellos se sentían inusualmente incómodos en su presencia, como si aquel joven de aspecto quebradizo y movimientos espasmódicos pudiera mirarles por encima del hombro. Andrés desdeñó toda posibilidad de relacionarse con la masa social que le rechazaba. No había pasado media vida estudiando para ayudar a amas de casa con vidas vacías que discutían con sus maridos y no soportaban a sus hijos, ni con hombres que habían perdido su trabajo y se refugiaban en el alcohol, ni con adolescentes cuya primera relación sexual había resultado insatisfactoria. No, sus metas iban mucho más allá.

Quería mostrarle al mundo la mente humana.

Durante la carrera había simultaneado sus estudios con diferentes cursos de formación en las más variadas materias, algunas tan alejadas de la psiquiatría como el ocultismo, la fotografía o la física cuántica. Había estudiado los cronogramas de Marey, fotografías de exposición múltiple que hacían visible el elemento temporal, capturando la cuarta dimensión en una única instantánea. Había investigado el trabajo del doctor Kirlian y sus imágenes cromáticas del aura humana, permitiendo incluso que se le realizaran fotos con cámaras especiales para analizarlas en privado. Había tenido conocimiento de los ensayos realizados en el NIMH por el doctor James Haxby, y había accedido a aquellas primeras imágenes de la actividad neuronal de los individuos relacionada con los objetos que observaban, obtenidas por medio de resonancia magnética funcional. Llegado a aquel punto, había mantenido correspondencia con el equipo de trabajo del doctor Haxby así como con otros grupos relacionados con investigaciones similares, absorbiendo toda la información de la que era capaz para alcanzar su meta. Porque Andrés quería dar un paso más.

No quería realizar vastos tratados sobre el funcionamiento de la mente humana, ni sobre las conexiones neuronales, ni sobre la topología del cerebro. No quería mostrar diversos patrones de colores que carecieran de sentido en la vida cotidiana, ni avances intangibles en el campo de la neurología, ni presuntas demostraciones de la existencia del alma humana. No, lo que

deseaba era poder ofrecer al mundo las imágenes que se formaban en nuestro cerebro cuando leíamos, cuando fabulábamos, cuando imaginábamos. Mostrar, como si de una serie de diapositivas se tratara, las imágenes generadas por nuestra mente mientras nos poseía el germen de la inspiración. Muchos se burlaron de él cuando les habló de su proyecto, del fin mismo de su existencia. Le ofrecieron salas de proyecciones para mostrar aquellas películas que pretendía filmar en el cerebro humano, le pidieron los derechos de la distribución en vídeo. Se multiplicaron de tal forma las bromas y las burlas que hubo algunos que incluso le sugirieron con sorna que el mejor momento para filmar la mente humana era cuando todos acudían al servicio. Él huyó de sus intentos de ridiculizar su trabajo y se refugió en el viejo chalet que ahora era de su propiedad. Su hermano Vicente hacía tiempo que había abandonado la ciudad, sintiendo que poco a poco los lazos que les unían se habían difuminado en un boceto de cariño consumido por el tiempo. Sus padres, ya fallecidos, no eran más que un recuerdo borroso en su memoria.

Durante varios años formó parte de un equipo de investigación conocido como *Ecce*. Sería presuntuoso por mi parte afirmar que aquel equipo estaba formado únicamente por una persona, ya que las pruebas que sobrevivieron a los terribles hechos de aquel doce de noviembre no excluyen la posibilidad de que más personas formaran parte de aquel proyecto. Sin embargo, sí que puedo decir con entera libertad que el proceso de investigación corrió en su mayor parte a manos de Andrés Vergara, que utilizó el sótano de su casa a modo de laboratorio improvisado. Nadie tuvo acceso a los datos obtenidos en sus pesquisas hasta varios meses después de la tragedia, y todo el material que pudo rescatarse no fue concluyente. Notas de diarios, compuestos orgánicos, restos de diversos equipos informáticos y varios negativos velados fueron el resultado de la búsqueda en las ruinas del chalet. Si debemos ser sinceros, tampoco nadie se molestó en realizar una búsqueda exhaustiva. No era necesario. Todo lo que Andrés podía comunicar eran una serie de balbuceos ininteligibles, gran parte de su cuerpo cubierto de llagas, vendas y emplastos.

El incendio que se originó en el sótano del chalet se extendió por toda la manzana provocando varios heridos de diversa gravedad, entre los que destacó el mismo Andrés Vergara con

quemaduras de diversa consideración en el treinta por ciento de su cuerpo. Que sobreviviera sólo puede entenderse como un milagro. Permaneció ingresado en el hospital, en la unidad de quemados, durante tres meses. Después sufrió una recaída, y pasó otros cuatro meses en diferentes habitaciones de diferentes centros médicos, sometido a vigilancia continua. Sobre él pesaban varias acusaciones, entre ellas la de homicidio, ya que uno de los heridos, un hombre mayor que vivía en el chalet más cercano, había fallecido a las pocas semanas de ser ingresado en el hospital a causa de las quemaduras.

La policía realizó una investigación rutinaria, confirmando que nadie más se encontraba en la casa en el momento de la tragedia. Acordonaron las ruinas del edificio, pero no se realizó una investigación concienzuda en el lugar de los hechos. Dos agentes inspeccionaron el solar meses después a requerimiento del fiscal, pero no hallaron nada relevante. Concluyeron que el incendio fue provocado y tuvo su origen en el sótano, y que se propagó por las escaleras hasta la vivienda gracias a la gasolina vertida en los escalones. Todo ello confirmaba el carácter premeditado de aquella tragedia, y todos los dedos apuntaban a Andrés Vergara.

Con el paso de los meses, las denuncias interpuestas por los vecinos y la comunidad fueron perdiendo peso, y finalmente los alegatos de los fiscales fueron desestimados. El cargo de homicidio no prosperó gracias a la defensa basada en la enajenación mental que presentó un abogado de oficio, y Andrés se preparó para pasar el resto de su vida internado en un manicomio. Los jueces encargados del caso decidieron que lo mejor sería recluir a Andrés Vergara, doctor en psiquiatría, en un hospital para perturbados mentales, donde pudiera ser atendido tanto de sus dolencias físicas como espirituales.

Y no había ninguna duda de que el alma del doctor había sido castigada. Aunque no había perdido la capacidad del habla, no pronunció ni una sola palabra desde el accidente. Se comunicó con los médicos que le atendieron mediante signos, y jamás permitió que ningún servicio informativo le entrevistara. Dos periodistas llegaron incluso a disfrazarse de internos para acceder a las habitaciones del *pirómano urbanizado*, como llegaron a apodarle de forma grandilocuente los medios de comunicación, pero no consiguieron arrancarle una sola palabra. Hizo del silencio su

penitencia, perdiéndose en su propia tristeza interior.

Encerrado en un cuarto de paredes blancas, abandonado por todos, comenzó a tratar con uno de los celadores que le atendían. Mientras permanecía tumbado en su camilla —apenas podía tenerse en pie, tal era el estado de debilidad en el que se encontraba— escuchaba en silencio las historias que el hombre le narraba, viejas leyendas que había aprendido de su padre y que ahora le transmitía a Andrés como si de su hijo se tratara. A veces esbozaba una sonrisa en su rostro maltrecho y, cuando no se encontraba atado a la camilla, simulaba aplaudir con sus manos vendadas. Pero eso sucedía muy de vez en cuando. La mayor parte de las ocasiones simplemente escuchaba, y cuando el celador terminaba su narración se despedía con un gesto y se sumía en un sueño intranquilo, monitorizado por una cámara de seguridad.

Dos meses después de ingresar en el hospital psiquiátrico, prácticamente recuperado de sus lesiones físicas y sus quemaduras, intentó suicidarse sin resultado positivo. Reunió fuerzas para convertir la sábana en una soga improvisada y atarla al plafón de la luz. Este no soportó su peso y se hundió cuando los pies de Andrés quedaron en el aire. En represalia, los médicos asignados a su caso decidieron aumentar la medicación y atarle a la cama mediante correas todas las noches. El tiempo transcurrió envuelto en una bruma de inconsciencia y olvido para Andrés Vergara, un hombre que afirmó que sería capaz de mostrar al mundo los secretos más ocultos del alma humana.

Tres semanas después del intento de suicidio me asignaron su caso.

2

RECUERDO QUE AQUELLA NOCHE HABÍA LUNA LLENA.

Diana permanecía delante del tocador, retocando su maquillaje una y otra vez. Realizó varias muecas a su reflejo mientras aplicaba una capa de rímel tras otra a sus pestañas. Para la ocasión —una cena con uno de los psiquiatras más importantes del país, Eduardo Bermúdez, director de cuatro centros de psiquiatría en toda España— había escogido un vestido negro, con un provocativo escote que resaltaba aún más su excelente figura. Me sonrió mientras cepillaba su pelo, ignorando mis gestos de apremio que indicaban que, por mucho que nos apresuráramos, ya llegábamos tarde a la cena. El doctor Bermúdez nos había invitado a la presentación de su último libro, en el que reflejaba sus impresiones acerca de los habitantes de una remota isla de Micronesia, ciegos a los colores. Comentarios en la comunidad psiquiátrica le tachaban de ladrón de ideas, ya que un libro de similares características había sido publicado por Oliver Sacks años atrás. En realidad, Bermúdez había actualizado algunos puntos basándose en nuevos datos obtenidos de la investigación directa de sus colaboradores, pero nunca había abandonado su despacho ni había realizado trabajo de campo alguno.

Para mí aquella velada no representaba nada más que otro pequeño paso en mi carrera de medicina. Perdido en la unidad de día para enfermos de Alzheimer de un pequeño hospital de la ciudad, rodeado de psicólogos sin experiencia preocupados más por asuntos sociales que por su propia vida, no me sentía demasiado cómodo con mi trabajo diario. La rutina establecida tampoco me ayudaba en demasía. Por las mañanas nos dedicábamos íntegramente a la estimulación de las funciones cognitivas de los enfermos, mediante diversos juegos de asociación y memoria, dejando la tarde para la gimnasia corporal y los talleres de manualidades. Los avances eran nulos, la respuesta de los pacientes desmoralizante, y el contacto ocasional con sus familiares en forma de visita previamente concertada por el equipo médico acababa con todas las esperanzas que había

depositado en la bondad natural de la especie humana.

Varios minutos más de sonrisas, de disculpas y de mohines de disgusto, Diana estuvo lista para acudir al evento. Llamamos a un taxi por teléfono, que nos recogió en el portal de nuestra casa y nos condujo hasta el hotel en el que se realizaba la presentación en un tiempo relativamente corto considerando la distancia a la que se encontraba. El conductor aderezó el viaje con sonrisas, increpaciones a otros conductores y diferentes conversaciones centradas en el mundo de la política. Mi mujer participó en la charla; yo me abstuve de ofrecer mi punto de vista, quizá demasiado pragmático para un hombre que afirmaba haber votado los últimos veinte años a los desaparecidos partidos de la izquierda, o comunistas, como los refería mientras se vanagloriaba de su integridad. Pagamos el viaje con una excesiva propina y entramos en el salón de actos del hotel con un gesto de contrariedad en mi rostro, ya que el retraso acumulado alcanzaba la media hora. Localizamos nuestra mesa con facilidad, alertados por los enérgicos aspavientos que Daniel González, uno de los colaboradores de Bermúdez, realizaba para llamar nuestra atención.

—Vengan por aquí, por favor. Estos son sus asientos —nos dijo, indicándonos las únicas sillas que permanecían vacías en toda la sala.

Rápidamente se acercó hasta nosotros un camarero para preguntarnos qué deseábamos tomar. Con desgana, viendo que todos habían terminado ya el primer plato y esperaban el segundo, me decidí por un solomillo y dejé que una camarera me sirviera una copa de vino. Diana pidió dorada y, mientras esperábamos nuestros platos, entablamos conversación con nuestros compañeros de mesa, una pareja entrada en años que no cesaba de alabar la calidad del servicio.

—Hija mía, si vieras la última vez que estuvimos en un acto similar, qué decepción —decía la mujer mientras apuraba su copa.

El marido me habló de su reciente trabajo con hemipléjicos mientras yo devoraba con avidez el solomillo, poco hecho como a mí me gustaba.

—Y en ello estamos, centrados en la reeducación sensitivo-motora del paciente, aunque algunos métodos modernos, como ese ordenador para realizar el *biofeedback*, me provocan más reparos que seguridad. Mucho me temo que Brunnstrom no estaría muy de

acuerdo con estas majaderías.

Cuando retiraron nuestros platos y nos sirvieron champán en las copas comenzó la presentación del libro, breve y dirigida más a un público generalista que al mundo de la psiquiatría. Cuando Eduardo Bermúdez concluyó su monólogo se escucharon algunos aplausos tímidos, y varias personas brindaron con sus copas en honor del libro.

El doctor Bermúdez, que en privado prefería que le llamaran Eduardo, se acercó hasta nuestra mesa con varios ejemplares del libro, que repartió entre sonrisas forzadas y agradecimientos innecesarios. Hablamos de banalidades mientras dos camareras, vestidas con largas faldas rojas hasta los tobillos y holgadas blusas blancas en contraste, llenaban nuestras copas con insistencia, conduciéndonos a una borrachera inevitable. Mencionamos amigos comunes, lugares comunes. Hablamos de lesiones neurológicas, de traumatismos encéfalo craneanos. Poco a poco Eduardo llevó la conversación hasta el punto que deseaba, y me miró en silencio unos segundos antes de decidirse a hablar.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Andrés Vergara? —me preguntó mientras se acariciaba la barbilla en un gesto estudiado.

Diana continuaba enfrascada en otras charlas triviales con los contertulios de nuestra mesa, ajena a mis conversaciones privadas. Terminé de un sorbo mi copa de champán y con un gesto le dije a la camarera que no deseaba continuar bebiendo. En el salón se formaron corrillos de conocidos, mientras el humo de los cigarrillos inundaba el ambiente y oprimía mis sufridos pulmones. Siempre he estado en contra del tabaco. Mata, no creo que nadie pueda negar eso. Pero si al menos yo no tuviera que participar en este lento y progresivo suicido colectivo, probablemente no me sentiría tan en contra de un hecho tan común.

—Sí, recuerdo el nombre —le dije—. Un caso claro de esquizofrenia, creo recordar. Intento de suicidio que acabó en tragedia. Incendió su casa y por poco toda su urbanización, si no recuerdo mal.

En aquella época yo no conocía el caso de Andrés Vergara con tanto detalle como más tarde llegaría a hacerlo, pero las noticias en los periódicos y los reportajes en televisión habían llamado mi atención sobre su persona. Era el caso ideal para un psiquiatra con visos de protagonismo, porque la cobertura nacional que los medios de comunicación le otorgaron permitía gran capacidad de

lucimiento. Recuerdo que fueron varios los psiquiatras que intentaron hacerse con la historia, pero al final recayó en manos del doctor Bermúdez, quizá uno de los pocos psiquiatras de relevancia que no mostraron interés en el caso desde un principio.

—Bien, pues tengo una proposición que hacerte —continuó Eduardo—. Voy a realizar un viaje a Benarés, la mítica ciudad de la India, para estudiar de cerca las costumbres de los *shadu*, y si fuera posible visitar sus templos y descender por los *ghat* hasta el mismísimo Ganges. Estaré fuera varios meses, casi un año, y durante este tiempo no podré atender a mis pacientes. He repartido todos mis casos entre los psiquiatras internos del hospital, pero hay uno en particular que me resisto a abandonar en manos ajenas. Se trata precisamente del señor Vergara.

Me miró, y descubrí en su mirada una mezcla de reproche escondido y desesperación. No sabía muy bien cómo interpretar aquello, así que opté por mantenerme en silencio y escuchar lo que tenía que decirme. Diana me sonrió, cómplice de mis conversaciones, y se abalanzó sobre sus oyentes con una perorata acerca de las libertades de la mujer en nuestro siglo. Algunas personas abandonaban ya la reunión, se acercaban hasta nuestra mesa para estrechar por última vez la mano del doctor Bermúdez y, en algunos casos, solicitarle que les dedicara el libro. Sonreí mientras Eduardo intentaba inútilmente firmar con la pluma que una jovencita, estudiante de tercero de medicina, le había prestado y llamé la atención del camarero más cercano.

—Sírvame un whisky con un hielo, por favor. Si es posible, que sea White Horse, gracias.

Mientras esperaba mi copa y Eduardo luchaba por reanudar nuestra interrumpida conversación, observé en silencio la curiosa fauna que la presentación del libro había reunido a nuestro alrededor. Un grupo de periodistas, con cámaras de fotos colgando de sus cuellos como medallas de la primera comunión, bebía una copa tras otra entre risotadas y gestos obscenos. En una mesa cercana, dos jóvenes observaban embelesados la portada del libro que acababan de adquirir, como si se encontraran ante un objeto mágico de gran poder. Dos mujeres cruzaron por el pasillo en dirección a los servicios, cuchicheando entre ellas y señalando con discreción a un joven vestido con elegancia que tomaba una copa en silencio y no cesaba de consultar su reloj de pulsera.

—Como te estaba contando —me dijo el doctor Bermúdez, y

de nuevo volví a centrar toda mi atención en sus palabras— el hecho principal es que me marcho unos meses y no quiero abandonar al señor Vergara en unas manos imprudentes. Llevamos mucho tiempo tratándole, intentando que comparta con nosotros lo que ocurrió aquella noche, pero apenas hemos podido arrancarle unas migajas a toda la historia que oculta en su mente. Siento un gran interés personal en el caso, porque lo poco que hemos obtenido de él ha sido... cómo decirlo… fascinante. Es por ello que quiero que tú continúes en mi ausencia con su caso, y quiero compartir mis notas contigo para que veas hacia dónde nos conducen.

Hablamos un rato más, pero ya estaba todo dicho. No era necesario mi asentimiento; bastaba mi silencio afirmativo, y esa luz en los ojos que aparece cuando, de la forma más inesperada, surge ante ti la oportunidad de tu vida. La velada terminó con una acalorada discusión entre varios invitados y los servicios del hotel, que intentaban cerrar la barra libre que se había prometido a los presentes en el acto. Diana y yo optamos por retirarnos, evitando enfrentamientos innecesarios. Me despedí de Eduardo Bermúdez estrechando de nuevo su mano, y noté que con aquel apretón sellábamos nuestros propios destinos: el bueno del doctor se embarcaba en su peregrinación por la India, y yo me acercaba a uno de los sucesos más extraños ocurridos en nuestro país en los últimos años.

3

El Hospital para Perturbados Mentales Salduba quedaba bastante alejado de la capital, a más de setenta kilómetros. La salida desde la ciudad ofrecía unos primeros treinta kilómetros de autovía, pero pronto se internaba en una maraña de carreteras regionales, comarcales y caminos de tierra de los cuales Teseo jamás habría escapado sin un buen mapa. Varias veces tuve que detener el coche en mitad de la nada, rodeado de campos de siembra, rastrojos y ocasionales árboles de troncos delgados y macilentos, intentando orientarme en aquel laberinto de líneas rojas, negras, verdes y amarillas. Los carteles, parcos por naturaleza, nombraban lugares que ni siquiera podía localizar en mi guía, y pronto comprendí que si no me detenía en algún pueblo para preguntar jamás llegaría a mi destino.

Al llegar a un cruce de caminos, completamente desorientado, enfilé con el automóvil por el único camino que, internándose en campos de cultivo, presentaba marcas de ruedas recientes. Tras dos kilómetros de curvas, bajo la triste mirada de los campos de girasoles, marchitos por la ausencia de un sol que se ocultaba tras enormes nubes grises de tormenta, llegué a la entrada de un pequeño pueblo. Varias casas bajas, de paredes de adobe encaladas y techos arcillosos, se amontonaban como las piezas de un enorme juego de construcción a los lados de la calle principal. Conduje hasta la plaza, apenas un ensanchamiento del camino, y aparqué al lado de un bar, junto a una fuente ornamental que hacía tiempo que había perdido su utilidad primigenia. Bajé del coche y busqué un cigarrillo, intranquilo. Encenderlo y darle la primera calada relajó bastante mis nervios, encrespados por mi inusual torpeza y mi maldito sentido de la orientación. Intenté llamar a Diana, pero mi móvil exhibía el horrible simbolito parpadeante que indicaba que no había cobertura. Di dos caladas más, tiré el cigarrillo al suelo y entré en el bar.

Dentro hacía calor y dos ventiladores con más edad que algunos de los críos que estaban dentro intentaban refrescar el ambiente, pegajoso y agobiante. Varios parroquianos se

amontonaban alrededor de una mesa, en la que cuatro hombres jugaban una partida de cartas entre imprecaciones, gritos y tragos de cerveza. Los críos permanecían todos juntos, sentados a una mesa, bebiendo refrescos y comiendo empanadillas. Junto a ellos, dos mujeres hablaban en susurros. Otro hombre echaba monedas a una máquina, los ojos fijos en las manzanas, peras y ciruelas que giraban una y otra vez, una y otra vez. Pedí una cerveza y el camarero, un hombre mayor de modales suaves, me atendió con celeridad, sirviéndome incluso una tapa de aceitunas. Cuando le pregunté por Salduba, exhibió una sonrisa de dientes mellados y dedicó varios minutos a dibujarme un improvisado plano en una servilleta.

—No iba usted mal, no señor —me dijo—. Pero es que por aquí las cosas se vuelven liosas, ya sabe usted. Hasta que los del gobierno no le echen una manita a esos caminos...

Le di las gracias al hombre y pagué la cerveza. Perdí unos minutos más siguiendo la partida de cartas, sin entender realmente en qué consistía el juego. Las mujeres me dedicaron miradas curiosas, como los chicos, y poco después, apremiado por sus gestos inquisitivos, decidí marchar y continuar viaje. Afuera un hombre tomaba el sol apoyado junto a la fuente, con un periódico entre las manos. Ni siquiera me miró cuando monté en el coche y arranqué en dirección al hospital.

Durante el resto del trayecto estuve pensando en Diana, y en la situación tan comprometida en la que nos encontrábamos en aquel momento. Llega un tiempo en la vida de una mujer en la que, de una manera casi instintiva e irracional, desea tener un hijo. Pueden transcurrir muchos años desde que la mujer es fértil hasta que siente ese deseo en sus entrañas, y en muchos casos es probable que la primera sorprendida sea ella misma. Con la liberación femenina y el acceso a puestos de trabajo equivalentes a los de los hombres, la mujer entró en esa dinámica competitiva que te hace olvidar otras cosas más importantes, como es la propia vida, los sentimientos, la familia, los amigos. De hecho, Diana no se planteó la posibilidad de tener un hijo hasta que fue demasiado tarde. Cumplidos los treinta y siete años, las posibilidades de que el embarazo no fuera problemático eran mínimas. Los médicos le recomendaron alternativas, como la adopción, pero ella siempre ha sido terca en sus decisiones. Lo intentamos, y tuvimos éxito. Por desgracia tres meses después sufrió un aborto. A partir de

aquel momento, nuestra relación se resintió de forma notable. Rehuía mi contacto, incluso mi presencia, como si el culpable de todo aquello fuera yo. Me recriminaba mi falta de sentimientos cuando ella, en un acceso espontáneo de melancolía, rompía a llorar y las lágrimas no afloraban en mi rostro. Nunca aceptó que interiorizara mi dolor ante la pérdida del niño. Muchas veces mencionó que yo nunca lo había deseado de verdad, que sólo había accedido a sus ruegos por conservar nuestro matrimonio.

Tuvo que transcurrir un año para que pasáramos el bache, pero los estigmas del dolor permanecieron muchos años más. Ahora nos encontrábamos en una encrucijada: seguía existiendo un cariño latente entre nosotros, pero la chispa del amor se había marchitado y había muerto. Hablábamos de separación, de darnos tiempo el uno al otro, como si de una relación adolescente se tratara. Aceptar la proposición del doctor Bermúdez había representado al mismo tiempo un cable de salvación y una apuesta perdida de antemano. Durante los primeros meses al menos debería residir en el hospital, alejado de la capital y de mi mujer. Quizá podría visitarla los fines de semana, pero tampoco era una perspectiva confirmada. No parecía el momento adecuado para abandonar el hogar y sumergirme en mi trabajo, pero la vida no me había ofrecido muchas alternativas en los últimos tiempos; por ello acepté, a sabiendas del riesgo que estaba asumiendo en mi relación.

Había anochecido ya cuando me interné en un camino de tierra que se perdía en un bosque de altos árboles de tronco grueso y nudoso. Un cartel blanco que brilló como una luciérnaga bajo la luz de los faros del coche indicaba que aquel era el lugar, el Hospital para Perturbados Mentales Salduba. Aminoré la velocidad, observando el paisaje que me rodeaba. Los árboles no dejaban ver el bosque, como decía el tópico, ya que entre la oscuridad y el follaje apenas podía apreciar más detalles que ramas retorcidas y ocasionales movimientos, producidos con toda seguridad por la brisa nocturna. Algunos metros más adelante, el camino terminaba frente a un muro de piedra gris castigado por el tiempo, que aquí y allá mostraba grietas y sus entrañas de ladrillo. Avancé durante algo más de un minuto paralelamente al muro, hasta llegar a una verja negra atrancada con una gruesa cadena terminada en un candado. Allí aparqué el coche, y permanecí en su interior algunos minutos más, con esa extraña sensación de *déjà*

vu que a veces nos asalta.

Más allá de la verja, siguiendo un camino empedrado que atravesaba unos jardines difuminados por las sombras de la noche, se levantaba el edificio que sería mi hogar durante los próximos meses. El hospital se había construido sobre las ruinas de un hotel, y seguía conservando ciertos detalles que recordaban a aquella edificación original. Aunque desde la distancia no podía apreciar la entrada, sí pude distinguir las filas de ventanas que se extendían a lo largo de la fachada en una altura de tres pisos. Algunas de ellas daban a pequeños balcones, y supuse que al estar todas ellas en el último piso y la mayoría iluminadas pertenecerían a los médicos residentes y los celadores. Los otros dos pisos estaban sumidos en la oscuridad, y no pude afirmar con seguridad si las sombras de los cristales eran en realidad barrotes.

Encendí un cigarrillo y caminé hasta la entrada, disfrutando del sonido que mis zapatos hacían al andar sobre la tierra. En el muro de la izquierda vi que habían instalado un interfono, así que pulsé el botón y esperé. La sensación de *déjà vu* no había desaparecido. Recordaba con toda claridad aquella verja, aquellos jardines, aquel edificio. De alguna extraña forma, sabía que yo había estado allí antes. Mientras pensaba en ello, noté que aquella noche hacía frío, y maldije en silencio mi falta de previsión. No había traído ni siquiera una chaqueta en el coche, toda mi ropa de abrigo estaba en la maleta. Evidentemente, no era el momento de rebuscar hasta dar con algo que evitara que cogiera una pulmonía, por lo que crucé los brazos y comencé a andar de un extremo a otro de la verja, para entrar en calor. Cuando estaba dando pequeños saltitos para calentar mis pies, oí una voz en el interfono.

—¿Hola? —dije, sin mucho entusiasmo.

—Buenas noches. ¿Qué desea? —respondió una voz femenina, con cierto tono de desdén.

—Oh, soy el doctor Gómez, Julio Gómez. Me estaban esperando, pero me he retrasado un par de horas.

Oí al otro lado un rumor de hojas revueltas, una serie de chasquidos y otras voces respondiendo a la voz de la mujer. Después, una risa lejana perdida entre las conversaciones en voz baja, y el silencio. Permanecí junto al interfono durante varios segundos más, esperando una respuesta, pero el silencio no se rompió. Al cabo de un rato desistí, y volví a mi rutina de saltos y

paseos, manteniéndome en calor. Di dos caladas más al cigarrillo antes de dejarlo caer al suelo y pisarlo con el zapato, con cierta aprensión. No recordaba haber empezado a fumar. Rebusqué en mis bolsillos y encontré el paquete de tabaco, inmaculado a excepción del cigarrillo que había fumado. Sorprendido, lo volví a guardar. Pocos minutos después se encendieron las luces de la planta baja del edificio, y vi salir a dos personas envueltas en gruesos abrigos en dirección a la verja, lo que hizo que olvidara el incidente con el tabaco. El crujido de las hojas secas aplastadas bajo sus pasos me provocó un escalofrío. Me sentía como un idiota, helándome de frío, en la oscuridad, frente a la verja del hospital en el que trabajaría durante los próximos meses y, quién sabe, los próximos años.

Las dos figuras se detuvieron junto a la verja, y una de ellas extrajo de un bolsillo de su abrigo un manojo de llaves con una mano enguantada y forcejeó con el candado. Cuando la cadena se liberó, abrió la verja y por señas me indicó que montara en el coche. Asentí con la cabeza y volví al interior del vehículo. Encendí la calefacción, y maldije mi estupidez con una imprecación. ¿Por qué no me había refugiado en el interior del coche? Al parecer, la situación me estaba superando, provocando que me comportara como un estúpido. Me dije a mí mismo que debía controlar los nervios, que no se trataba más que de un trabajo. Conduje lentamente por el camino y, siguiendo las indicaciones de la otra figura que aventuré podría tratarse de una mujer, detuve el coche junto a un parterre de flores, a pocos metros de la entrada del edificio. Bajé del coche, recogí mi maleta y acompañado de las dos personas me interné en el hospital.

Dentro hacía calor. Como había supuesto, uno de mis acompañantes era una mujer, que estrechó mi mano y se presentó como Ana Álvarez, la enfermera del turno de noche. De facciones hermosas, sus ojos pequeños y sus labios fruncidos no presagiaban una relación cómoda con ella. Colgó su abrigo en un perchero de la entrada, junto a un mostrador tras el que podía apreciar desde mi posición una silla negra y varias carpetas de diversos colores apiladas de forma caótica, y se sentó en su puesto sin dedicarme mayor atención. La otra figura, la que había abierto la verja, me invitó a seguirle por un pasillo no sin antes decirme que su nombre era Luciano Benítez y ejercía funciones de portero y encargado de mantenimiento. Parecía un hombre afable, de

avanzada edad y gestos suaves, que me condujo hasta una pequeña garita que le servía como lugar de trabajo.

—Ahora la enfermera Álvarez le preparará una ficha de identificación, para que pueda moverse con entera libertad por el edificio. También le dará una llave de su cuarto en el último piso. Mientras tanto, si a usted le apetece, me gustaría compartir con usted una taza de café caliente.

Asentí con una sonrisa en el rostro. Luciano trajo una cafetera y sirvió dos tazas bien cargadas. Después echó en cada una de ellas dos terrones de azúcar y me entregó la mía junto a una cucharilla. Aquel brebaje estaba caliente y sorprendentemente bueno. Disfruté de la bebida y de la conversación del portero, que habló de hechos intrascendentes como el tiempo que hacía y la brisa nocturna, así como de las inconveniencias del candado de la verja por las noches y de la poca ayuda que recibía de su ayudante, al parecer un joven de pocas luces. No pasó mucho tiempo antes de que apareciera la enfermera y me indicara con un gesto que la acompañara. Caminé tras ella por un largo pasillo, iluminado por luces ambarinas que parpadeaban en el techo como si el suministro de electricidad fuera a fallar de un momento a otro. Llegamos hasta unas escaleras, y entonces advertí que había olvidado mi maleta en recepción.

—No se preocupe —me dijo ella—, ya he mandado que la subieran a su cuarto.

—Perdone —le dije, aprovechando aquella oportunidad para conversar—, ¿no hay ascensor en el edificio?

—Oh, sí, claro que tenemos ascensor, pero como puede apreciar —y señaló las luces del techo— el suministro eléctrico no es aquí todo lo bueno que se puede esperar. Es preferible que usemos las escaleras, no sea que suframos un corte de luz dentro del ascensor.

Se despidió con un gesto cuando me indicó cuál era mi cuarto. El silencio reinaba en la planta, y las luces desvaídas que animaban sombras en las paredes no hacían sino aumentar la sensación de estar en un viejo caserón victoriano repleto de fantasmas. Aparté de mí aquellas imágenes absurdas, tan tópicas y recurrentes por otra parte, y entré en mi cuarto. Un penetrante olor a cerrado, mal disimulado con el aroma de limón de un ambientador barato, se abalanzó sobre mí nada más abrir la puerta. Incómodo, caminé hasta la ventana y la abrí de par en par,

esperando que de aquella forma la habitación se ventilara. Eché un vistazo rápido a mi alrededor. El cuarto, aunque sobrio y poco amueblado, no provocaba rechazo. La colcha de la cama aparecía como recién planchada, y sobre la mesilla de madera de roble, junto a un aparato de teléfono bastante antiguo de color blanco, habían dejado una botella y un vaso con agua fría, que me bebí de un trago. Supuse que, con el paso del tiempo, me acostumbraría a aquel lugar y llegaría a considerarlo incluso un segundo hogar.

Un frío doloroso se colaba desde el exterior, y a los pocos minutos me vi forzado a cerrar la ventana de nuevo. Como la enfermera me había indicado, alguien había subido mi maleta. Con desgana me senté sobre la cama, que crujió bajo mi peso con delicadeza, y procedí a deshacerla. Al abrirla tuve la extraña sensación de que yo no había hecho la maleta. La ropa parecía desordenada, incluso inadecuada para el viaje. Eché en falta varios de los objetos que acostumbraba a llevar, así como algunas de mis carpetas y libros de notas. Lo achaqué al cansancio del viaje y al nerviosismo propio del momento, pero no recordaba si Diana me había ayudado con ello o si me había encargado yo sólo de organizar las cosas para el viaje. Al pensar en Diana, recordé que debía llamarla sin falta a la mañana siguiente, para que supiera que me encontraba bien y había llegado a mi destino de una pieza, aunque con cierto retraso.

Dejando atrás la pereza ordené la ropa en el armario, pasando en primer lugar un trozo de papel por su superficie interior para limpiar el polvo acumulado, y dejé todos mis útiles de aseo personal en el cuarto de baño, junto al lavabo. Bostecé, me desnudé con rapidez, me enfundé en mi pijama gris de franela y me acosté bajo una tonelada de mantas y edredones que encontré junto a la cama. Ya tendría tiempo a la mañana siguiente de conocer mejor aquel lugar y, si mi trabajo lo permitía, explorar aquel impenetrable bosquecillo que rodeaba al hospital. Curiosamente, aquella primera noche ninguno de mis pensamientos hizo referencia a Andrés Vergara.

4

DESPERTÉ SOBRESALTADO. Tardé varios segundos en comprender que aquel ruido similar al de una sirena procedía del aparato telefónico que descansaba sobre la mesilla, junto a mi cama. Todavía amodorrado, descolgué y gruñí un "dígame" a mi interlocutor.

—Buenos días, doctor Gómez —dijo una voz que no reconocí—. Ya son las ocho, y nos gustaría que nos acompañara en el desayuno esta mañana, para tener la ocasión de conversar unos minutos con usted.

Asentí con otro gruñido y un insistente repiqueteo de culpabilidad en la cabeza por haberme quedado dormido, y me levanté. En la misma habitación disponía de un pequeño cuarto de baño con un plato de ducha, así que aproveché para asearme, afeitarme y prepararme para el largo día que suponía me esperaba. La noche anterior había dejado el móvil sobre la mesilla, junto al teléfono, y al cogerlo y mirar la pantalla comprobé que continuábamos sin cobertura. Tendría que arreglármelas para llamar a Diana de otra manera, pues suponía que estaría preocupada, quizá incluso molesta con mi comportamiento. Me vestí con ropa limpia, un pantalón gris de vestir y una camisa blanca mal planchada, y salí al pasillo con la esperanza de ser capaz de recordar el trayecto que había realizado la noche anterior. Caminé hacia las escaleras bajo la luz del día que se colaba por amplios ventanales. Pocas horas antes, aquel camino me había resultado tétrico y hasta peligroso; a la luz del día todo se veía diferente. En el exterior, el sol brillaba sobre el bosquecillo, y me detuve frente a uno de los ventanales para observar con detenimiento el jardín. Pequeños parterres de rosas se extendían alrededor del sendero de tierra que había recorrido la noche anterior, hasta los muros de piedra que rodeaban el hospital. Allí, junto al muro, descubrí a Luciano conversando con otra persona que no conocía pero que supuse, por su aspecto desaliñado y su edad, debía tratarse de su joven ayudante. Con el propósito firme de volver a charlar con aquel hombre, bajé por las

escaleras y me dirigí al encuentro de mis anfitriones.

En recepción un celador que aparentaba haber vivido varios cientos de años me señaló con gesto cansino el camino hacia el comedor, donde me esperaban varias personas, todas ellas desconocidas para mí. Me invitaron a sentarme junto a ellos a una vetusta mesa de madera rodeada por media docena de sillas. El comedor resultaba acogedor y algo aséptico a la vez, con sus paredes grises, dos mesas de madera y un archivador gris algo anticuado en una de las esquinas.

—Siéntese, doctor Gómez —dijo uno de los presentes, un hombre mayor de pelo canoso y rostro surcado de arrugas, que ocultaba sus ojos azules tras unas gruesas gafas de montura de pasta—, y permítame que le presente al grupo de trabajo. El doctor Manuel Beltrán, la doctora Livia Andrea y, junto a ella, el doctor Sebastián Valero. Y yo soy Germán González, el director de Salduba.

Estreché varias manos antes de sentarme. Después me sirvieron un café aguado y unas tostadas de pan duro untadas de mantequilla. Durante algunos instantes me sentí como un preso con tratamiento especial, acostumbrado como estaba a desayunos menos frugales que éste, pero pronto me olvidé de ello. Charlamos durante un buen rato de las obligaciones de cada uno, y de la vida en el interior del hospital. Al parecer, el desayuno era tan pobre porque aquella mañana de domingo no abría la tienda del pueblo más cercano. Martín, el chico de los recados que ayudaba a Luciano en sus tareas, se había visto obligado a marcharse a otro pueblo y todavía no había vuelto al hospital. Por lo tanto el joven que yo había visto con Luciano era otra persona, probablemente otro de los jardineros o un enfermero.

—Espero que se sienta cómodo en esta institución, doctor Gómez —dijo Germán—. Ahora la doctora Andrea le mostrará las instalaciones, así como el cuarto que su paciente, el señor Andrés Vergara, tiene asignado. Algunas de nuestras normas quizá le resultarán algo… arcaicas, así como el tratamiento que le asignamos a nuestros pacientes, pero le ruego que sea comprensivo con nosotros y escuche y observe antes de formarse un juicio de opinión.

Envuelto en un murmullo de aprobación me levanté de la mesa y, en compañía de la doctora Andrea, recorrí las instalaciones del hospital. El edificio tenía una larga historia en

sus cimientos, como me comentó mi acompañante. Databa del siglo diecinueve, y había sido una mansión privada reconvertida en hotel hasta hacía relativamente poco tiempo. Poseía tres plantas y un sótano; este último se utilizaba en la actualidad como almacén y despensa, mientras que el resto de los pisos se repartían entre los internos y los pacientes. En la planta baja se encontraba el comedor en el que habíamos desayunado, y otro mayor para los pacientes, que también se empleaba en ocasiones como cuarto de entretenimiento, con varias mesas redondas para jugar a las cartas o charlar. Además estaba la cocina, y los cuartos del encargado de mantenimiento y el chico de los recados, Luciano y Martín. Las habitaciones de los pacientes se encontraban en la primera planta, mientras que las de los médicos y celadores, como yo mismo había comprobado, ocupaban la segunda.

—Ahora le conduciré al cuarto de Andrés Vergara, doctor Gómez —dijo la doctora con su voz dulce y a la vez melancólica.

Subimos de nuevo por las escaleras hasta el primer piso, y una vez allí avanzamos por un largo pasillo de suelo de tarima cubierto en su mayor parte por una gruesa alfombra de tonos grises y marrones. Observé que habían decorado el lugar con grandes plantas de largas y estrechas hojas verdes, atrapadas en el interior de maceteros de cerámica con una decoración recargada basada en volutas. Imaginé que se trataba de ficus, pero mi ignorancia en materia de flores y plantas unida a mi habitual timidez me impidió compartir con la doctora mis pensamientos. Las paredes del pasillo habían sido pintadas en dos colores, un desvaído azul claro desde la mitad de la pared hasta el techo, y un gris oscuro hasta el suelo. La luz del exterior llegaba a través de las grandes ventanas de la pared, que en este piso mostraban rejas tanto por el lado exterior como por el interior.

Interrogué a la doctora Andrea por el motivo, y ella me dedicó una enigmática sonrisa mientras se detenía y me miraba de arriba abajo.

—¿Realmente le preocupa? No crea, no es importante. Es para evitar que nuestros pacientes más… nerviosos, aquellos que en ocasiones presentan un comportamiento agresivo, puedan provocarse a sí mismos algún tipo de herida. No le dé más importancia de la que tiene.

A ambos lados del pasillo asomaban los picaportes de varias puertas, repartidas a lo largo de nuestro recorrido de forma

arbitraria, como si cada habitación de aquella institución tuviera un tamaño distinto. Caminamos frente a más de diez de ellas mientras la doctora me detallaba los casos de los pacientes ingresados. Alteraciones espaciales, Alzheimer, trastornos de la personalidad, traumatismos craneoencefálicos. Finalmente nos detuvimos junto a una, que mostraba el nombre de Andrés Vergara en una pequeña placa dorada como si del despacho de un abogado de renombre se tratara. Mientras la doctora Andrea extraía un manojo de llaves del bolsillo de su bata blanca, recorrí su cuerpo con la mirada. No era una mujer hermosa, ni siquiera atractiva, pero sus movimientos despedían una sensualidad embriagadora. Dejó caer las llaves en un ataque repentino de torpeza, y ello me permitió apreciar con nitidez sus muslos firmes, de piel blanca, depilados en fecha reciente. Pero entonces vino a mi mente la imagen de Diana, su rostro demudado por una inesperada expresión de asombro y desprecio, y un escalofrío de culpabilidad me sacó de mi letargo.

—Perdone, doctora Andrea, ¿podría telefonear a mi esposa desde algún teléfono en el hospital?

—Claro, no se preocupe. Cuando usted considere concluida esta primera visita, baje a recepción y desde allí podrá llamar. Ah, y por favor, llámeme Livia. Doctora Andrea suena demasiado… formal —respondió, y mientras yo entraba en la habitación de Andrés Vergara y recogía la llave (que previamente había liberado del llavero) de sus manos, se despidió con una sonrisa y cerró la puerta a mis espaldas.

La habitación estaba sumida en la penumbra. Débiles haces de luz se colaban a través de las cortinas que cubrían la ventanas, un anacronismo en aquella cárcel psiquiátrica. Por todo mobiliario pude ver una mesa baja, un diminuto armario blanco, una silla y un camastro, sobre el que descansaba Andrés Vergara. Sus muñecas y sus tobillos habían sido atados a la cama mediante correas de cuero, como si se tratara de un enfermo que sufría episodios agresivos. Dormía, o al menos eso me pareció, aunque no se encontraba completamente relajado. En su rostro aprecié un gesto de preocupación; quizá de contrariedad, y una inesperada sensación de familiaridad, como si de alguna extraña manera aquel desconocido me trajera recuerdos largo tiempo olvidados.

Caminé por el cuarto hasta la mesa, donde encontré un pequeño encendedor. Recogí el objeto y lo guardé en el bolsillo

derecho de mi pantalón. Me sentí como un ladrón, dominado por aquella maldita enfermedad que tantas veces me colocaba en situaciones incómodas cercanas al ridículo. En cualquier caso, ya estaba hecho. Advertí entonces que, al contrario que el resto del equipo médico, yo vestía con ropas normales. Con las prisas había olvidado mi bata blanca, que llevaba en la maleta junto al resto de mi ropa. Creía recordar haberla colgado la noche anterior en el armario, aunque no estaba del todo convencido. Decidí que en cuanto tuviera un minuto libre subiría al cuarto a recogerla. A los pies del camastro encontré el historial del paciente, una diminuta carpeta que contenía un par de folios garabateados a mano y una radiografía. Observé con detenimiento la radiografía del cráneo del paciente, pero no encontré nada revelador. Me resultó curioso que no le hubieran realizado ningún escáner, y apunté mentalmente que debía preguntar a Germán González dónde se encontraban todas las notas de Eduardo. Aquella solitaria radiografía y las dos hojas con anotaciones apresuradas realizadas con letra menuda y apretada me provocaron cierta incomodidad. ¿Aquello era todo lo que habían obtenido del paciente en estos meses?

Me acerqué a Andrés Vergara, no sin cierto reparo, y le observé en silencio. Todavía podían encontrarse leves rastros de las quemaduras sufridas en el incendio en su rostro y en el dorso de sus manos. Supuse que bajo el pijama —de un anodino color gris ceniciento— ocultaría más secuelas de aquel trágico día. Dejé la carpeta en su posición original y abrí el armarito blanco que estaba situado junto a la cama por simple curiosidad, o al menos fue lo que me dije a mí mismo. Dentro encontré algunos objetos personales —un reloj de bolsillo con las agujas detenidas marcando las seis y cuarto, una cartera de cuero negro vacía, algunas monedas de poco valor—, un vaso de cristal, varias medicinas —sedantes y tranquilizantes, entre los que llamaron mi atención el Aldosomnil o el Tranxilium— y una cuña. Cerré la portezuela y volví mi atención de nuevo al paciente. Sentí un sobresalto y retrocedí un paso, tropezando con el armario. Andrés Vergara me miraba con ojos extraviados, perdidos en una frontera difusa que abarcaba mi rostro y el techo. Repuesto, avancé hasta la cama y acerqué mi rostro al suyo, no sin cierta intranquilidad.

—¿Doctor Vergara?

Sus ojos danzaron en todas direcciones, acaso mirando sin ver.

Sentí como observaba mi rostro, y cómo después su mirada derivaba por mi pelo y se perdía en algún punto inconcreto más allá de mi cabeza. Agitó los manos, presas bajo las cintas de cuero, e intentó hablar, pero sólo pudo balbucear una serie de palabras incomprensibles.

—¿Doctor? —dije, incómodo ante aquella situación.

Pero Andrés Vergara parecía ajeno a mi presencia, o me ignoraba voluntariamente. Permaneció algunos minutos más mirándome de aquella manera tan peculiar, como si algo más allá de mi cabeza reclamara su atención durante unos segundos. Yo, a su vez, le observé con curiosidad mal reprimida, intentando comprender qué pretendía decirme con aquel gesto absurdo. Jugamos aquel juego durante unos instantes más, y decidí que por el momento había tenido suficiente.

Recorrí el cuarto dejándome llevar por mis pensamientos. Había pasado mucho tiempo desde que comenzara la carrera de psiquiatría, muchos años de no hacer nada y sentir que, de alguna manera, todo en lo que había creído estaba equivocado. Recordaba como algo brumoso los años de universidad, perdido en un caos de libros, notas y conversaciones perdidas. Sin embargo, también había sido una época feliz, marcada sobre todo por la aparición de Diana en mi vida. Los recuerdos me arrancaron una sonrisa, a la que Andrés no respondió. Decidí dar por terminada la primera visita, y salí del cuarto despidiéndome con un gesto que no obtuvo respuesta alguna.

En el pasillo no había nadie. Me sentí algo estúpido deseando que la doctora Andrea me hubiera estado esperando allí para consultarme por mis primeras impresiones. Ella tendría sus propios pacientes, su propio trabajo. No podía malgastar su tiempo de pie, en el pasillo, mientras yo intentaba acercarme a Andrés Vergara. Caminé por el pasillo sin prisas, observando las puertas cerradas a uno y otro lado. Llamaba mi atención que ninguna de ellas exhibiera un cartel con el nombre del paciente como el que se encontraba en la del doctor Vergara. ¿Se debía aquello a la presunta celebridad de mi paciente? No sabía que pensar. Mientras me dirigía al piso inferior intenté adivinar qué tipo de enfermedades se ocultarían tras aquellas puertas, olvidando las referencias que la doctora Andrea me había proporcionado. Para mi sorpresa, sólo vinieron a mi mente palabras tan manidas como esquizofrénicos o paranoicos, como si

aquel lugar me transmitiera una sensación de pesadumbre inesperada. Incluso me detuve junto a una de las habitaciones y pegué mi rostro a la puerta, sintiéndome ridículo un instante después.

En recepción intenté llamar a mi esposa, pero las líneas estaban cortadas. Al parecer, durante la noche había llovido con demasiada fuerza, y la tormenta había derribado un poste de la línea de teléfono. Contrariado y sorprendido por la información, ya que había dormido toda la noche sin que la tormenta me despertara, decidí subir a mi habitación y ordenar un poco todas mis cosas. Ya llamaría más tarde, después de comer. Saldría un momento en mi coche y buscaría una zona desde la que tuviera cobertura. Tampoco representaba un problema tan grave retrasar la llamada un par de horas más, me decía a mí mismo, aunque sabía que a Diana aquello no la iba a sentar nada bien. Y no se lo reprochaba, llevaba mucho tiempo sin saber nada de mí y podría estar preocupada.

En las escaleras me entretuve unos instantes hablando con el doctor Beltrán, que parecía preocupado por algo que no quería compartir conmigo.

—No, no. No quiero aburrirle, ya tendrá sus propios problemas —me dijo.

—Insisto —dije yo, intentado resultar de alguna utilidad—. ¿Se trata de un paciente?

El doctor Beltrán esbozó una sonrisa maliciosa y me guiñó un ojo. Después reprimió a duras penas una carcajada y apoyó su mano sobre mi hombro.

—En cierta manera, amigo mío, de eso se trata, sí. Pero olvídelo, se lo contaré en otra ocasión, y ambos nos reiremos —dijo, y se despidió de mí con un apretón de manos.

En el pasillo de mi planta en dirección a mi cuarto me crucé con la doctora Andrea, que me obsequió con una sonrisa encantadora al pasar a su lado. Le devolví la sonrisa y entré en mi habitación, inquieto. Tenía la extraña sensación de que aquella mujer, de alguna forma, intentaba tirarme los tejos. La idea, que sonaba espantosamente ridícula al ser formulada en mi mente, parecía sin embargo muy creíble cuando recordaba su forma de moverse y comportarse en mi presencia. Intenté no darle mayor importancia al hecho y me centré en la tediosa tarea de ordenar de una forma algo más metódica toda mi ropa, amontonada de

cualquier manera en el armario. Tardé bastante tiempo, pues la mayoría de la camisas se veían arrugadas y, lo que resultaba más asombroso, incluso llevaban prendidos varios alfileres en algunas mangas. Busqué en el armario mi bata blanca, pero no la encontré. Contrariado, tomé el teléfono para llamar a recepción y solicitar una. Sin embargo, cuando descolgué el auricular, no pude articular palabra. Mezclado con la estática, escuché una voz quebrada que me resultó muy familiar.

—En realidad ya lo sabes —dijo, y justo después la voz de la enfermera de turno—..., doctor Gómez?

Colgué sin decir nada y me senté en la cama. Aquella voz tan conocida, tan cercana. No pude identificarla. Me quedé allí, sentado, pensando en ello, dejando pasar el tiempo, hasta que me dolieron los ojos de fijar la vista en un punto en el vacío.

5

DURANTE LA COMIDA HABLÉ POCO. Me sentía bastante a disgusto conmigo mismo, por ser incapaz de asociar una cara y un nombre a la voz que me había hablado por el teléfono, y con mi habitual torpeza. Tras ordenar mi cuarto había intentado volver a la habitación de mi paciente y me había perdido. Lo que parecía un camino fácil se había transformado horas después en un absurdo laberinto de luces ambarinas y paredes repletas de ventanas enrejadas. Dos veces intenté abrir con mi llave una puerta que no era la correcta, antes de recordar que la puerta del doctor Vergara exhibía una placa con su nombre. Maldiciendo en silencio, me dediqué a vagar por aquel lugar hasta la hora de comer. Cuando decidí que ya era una hora propicia, me dirigí a los ascensores. Eran dos, diminutos, con las puertas de madera y una pequeña ventana rectangular de cristal en el centro. El interior, formado por paneles de madera y un suelo enmoquetado en un tono bermellón, despedía antigüedad por todas partes. Entré en uno de ellos y pulsé el botón de la planta baja. Con un traqueteo algo perturbador el ascensor inició su descenso y unos segundos después se detuvo, atascado entre dos plantas.

Transcurrieron varios minutos hasta que me convencí de que estaba atrapado. Las luces del ascensor parpadearon en un par de ocasiones, pero la oscuridad no llegó a rodearme. Inquieto, golpeé varias veces las puertas, pidiendo ayuda. Sin embargo, nadie acudió.

—Mierda de ascensor —murmuré y me dejé caer hasta el suelo, apoyando la espalda contra la pared de madera.

Esperé en silencio, dándole vueltas a aquella estúpida situación. Alguien debía acudir a buscarme, antes o después. No tardó mucho en ocurrir. Oí unos pasos, varias voces. Luciano y el chico que le ayudaba con sus labores consiguieron abrir las puertas y me ayudaron a salir de allí, entre miradas cómplices y sonrisas mal disimuladas. Livia apareció justo cuando intentaba escapar de aquella trampa apoyando mis brazos en el suelo e incorporándome a pulso. Luciano me ofreció sus manos y acepté a

regañadientes su ayuda mientras la doctora Andrea le comentaba algo al oído a Martín. El chico torció el gesto y, por un instante, pareció a punto de replicar a las palabras que la doctora le había dicho. Después, sin darle mayor importancia, se encogió de hombros y se marchó. Fuera ya del ascensor, Livia me acompañó hasta el comedor sin ocultar su gesto divertido mientras le relataba la odisea de la mañana.

Después de comer, y esgrimiendo como disculpa la necesidad de llamar a mi esposa para comunicarle que me encontraba en perfecto estado y no había sufrido percance alguno, sugerí la posibilidad de acudir al pueblo más cercano para probar suerte. Germán me indicó que no era probable que las líneas funcionaran durante algunos días, que lo mejor sería recurrir a mi móvil. Asentí con la cabeza, le expliqué el problema con la cobertura en el hospital, y acordamos que cogería el coche y daría unas vueltas por la zona hasta que pudiera llamarla.

Volví a mi habitación —esta vez sin perderme en el camino— y comprobé con desesperación que me había quedado sin batería. Durante más de diez minutos estuve buscando el cargador, pero no aparecía por ninguna parte. Recordaba haberlo sacado de la maleta la noche anterior y haberlo dejado sobre la mesilla, pero ahora no estaba allí. Molesto con la situación, bajé a recepción para preguntar si alguien había entrado en mi habitación durante mi ausencia.

—¿En su habitación? —me increpó la enfermera de turno— ¿Y por qué alguien iba a querer entrar en su habitación, doctor Gómez?

Confuso, enfadado, y algo nervioso por no poder comunicarme con Diana, me volqué en mis obligaciones, jurándome a mí mismo que a la mañana siguiente cogería el coche y me marcharía si era necesario hasta mi propia casa.

La mayor parte de la tarde transcurrió con pereza, envuelto en un mar de papeles, cintas de casete y películas de vídeo. Así pude descubrir cómo había intentado suicidarse Andrés Vergara, y su terca negativa a relatar lo sucedido aquella noche. En las cintas de casete se repetían una y otra vez las mismas preguntas, realizas por Eduardo Bermúdez en su habitual tono directo y exigente, y en algunas ocasiones por la doctora Andrea, envueltas en un silencio mezclado con estática que provocaban una atmósfera lúgubre.

—¿Está despierto, doctor Vergara?

—¿Sabe dónde está?

—¿Sabe quién soy yo?

—¿Qué recuerda de la noche del doce de noviembre, doctor Vergara?

Algunas de las preguntas eran relativamente extrañas, como las referentes a sus investigaciones, y al material que presuntamente había desaparecido. Las cuestiones formuladas hacían referencia a fotografías, cierto material gráfico, y un objeto al que denominaban de forma grandilocuente la cámara. Me sorprendió bastante el tono empleado al pronunciar aquellas dos palabras, como si su localización fuera más importante que la salud mental de mi paciente. Resultaba curioso ver que las preguntas que involucraban las investigaciones del doctor Vergara siempre eran realizadas en las sesiones que mantenía con la doctora Andrea. Sin duda Eduardo tendría sus motivos para permitir aquellas sesiones, pero no los había compartido conmigo. Me llamó la atención el tono de voz empleado por la doctora, tan suave que resultaba embriagador, casi hipnótico.

Pronto abandoné las cintas y me sumergí en las notas escritas de puño y letra del doctor Bermúdez que el doctor Valero me había proporcionado. Todas apuntaban a la imposibilidad de comunicarse con el paciente, y a lo largo de los meses se apreciaba como aquella barrera de silencio que Andrés Vergara se había autoimpuesto quebraba el dominio de sí mismo del que el doctor Bermúdez hacía gala allí donde fuera. Poco a poco, Andrés Vergara había conseguido volver loco a su psiquiatra, hasta el punto de que en los márgenes de algunas hojas podían apreciarse extraños dibujos geométricos, acompañados de la palabra cámara por todas partes. Intenté encontrar entre aquella multitud de informes y recortes de prensa alguna carpeta con el historial completo de Andrés Vergara, pero o bien no me lo habían facilitado o bien no existía. Cuando había consultado a la doctora Andrea acerca del trastorno mental había hecho referencia de forma vaga al síndrome de Capgras, dando por hecho que yo sabría de qué estaba hablando. Sin embargo, aquel trastorno no me resultaba ni siquiera familiar. Ocultando mi ignorancia ante ella, asentí y sonreí como un muñeco de feria. Aquello sin embargo me preocupaba. ¿No era capaz de recordar aquella dolencia, o se trataba en realidad de algo tan raro como para que

yo no lo conociera? Incluso dudé durante un instante que se tratara de algo real.

Para poder ver las cintas de vídeo una enfermera delgada, de pelo color zanahoria y una manera algo grosera de masticar chicle, me condujo hasta una sala de proyecciones, apenas ocho sillas y una pantalla de tela blanca junto a un viejo vídeo VHS cubierto de polvo y una televisión de la época en la que los mandos a distancia eran un mito. Preparé una cinta y observé la grabación en blanco y negro durante algunos minutos. En ella el rostro y el cuerpo del paciente quedaban desenfocados y fuera de encuadre, como si la cámara que le vigilaba hubiera sido instalada con descuido. Permanecía atado a la cama de pies y manos, profundamente dormido. Nada parecía alterarle, ni siquiera la presencia de una enfermera que traía un carrito con comida. Era necesario despertarle, y luego darle de comer con mucho cuidado. La mirada de Andrés se perdía sobre la cabeza de la enfermera, de la misma manera que me había mirado a mí durante la mañana. Avanzando la película y viendo otras, noté que Andrés observaba a sus interlocutores de aquella peculiar manera, como si sus cuerpos se encontraran sutilmente desplazados, un poco hacia arriba y hacia la derecha. Me resultó curioso que el doctor Bermúdez no lo hubiera reflejado en ninguno de sus apuntes, y sonreí ante la posibilidad de realizar mi primera aportación, algo simbólico, a aquel caso tan estrambótico.

Tras terminar con las primeras cintas —lo que me llevó varias horas—, todas ellas similares y carentes de interés, volví a mi habitación. Me crucé por el camino con el doctor Valero, que me indicó que la cena se serviría en unos minutos. Aproveché para salir un momento a los jardines que rodeaban el hospital y fumarme un cigarrillo. Hacía frío en el exterior, un frío que se colaba entre los huesos. Di un par de caladas y caminé hasta la verja de entrada, disfrutando de las últimas luces de la tarde, con un sol perezoso que se perdía en un mar anaranjado, más allá de las copas de los árboles. Todo parecía tranquilo allí, envuelto en un silencio casi mágico, sólo roto por el monótono rumor de los grillos perdidos entre la hierba. Terminé el cigarrillo y lo apagué en el sendero, no sin antes comprobar que el candado ya estaba puesto en la verja. Durante un instante sentí que en realidad no lo habían colocado para evitar que nadie entrara, sino que su colocación obedecía más bien a la idea de mantenernos a todos

atrapados en el interior del recinto. Rechacé la idea como producto de un paranoico y me dirigí de nuevo al interior del edificio. Ver el hospital desde los jardines me trajo recuerdos que no pude situar en mi mente. ¿Dónde había visto yo antes un edificio similar a aquel? Con toda probabilidad en alguna foto que me había mostrado Eduardo Bermúdez.

En el comedor sólo estaba Livia, sentada delante de un plato de sopa que humeaba. Al entrar me invitó a sentarme frente a ella con un gesto, en el lugar en el que descansaba mi cubierto.

—Ahora mismo le servirán la sopa, Julio —me dijo, sonriendo.

Le devolví la sonrisa, algo intranquilo. Aquella mujer era inquietante. En sus ademanes adivinaba yo cierta actitud reservada y a la vez una sensualidad siniestra que me atraía a la vez que me provocaba una sensación de repulsa. El ayudante de Luciano me trajo un plato hondo y una cuchara, y me sirvió una generosa ración de una gran sopera plateada en la que no había reparado al entrar. Acompañada de un buen vino, y con un segundo plato compuesto por un filete de ternera y unas patatas a lo pobre, resultó una cena agradable. Charlé con Livia de temas triviales, como el tiempo o el estado actual del mundo, de forma casi automática, mientras mi cerebro divagaba pensando en su forma de mirarme cuando yo hablaba, de atusarse el pelo, de sonreír ante mis chistes gastados. Terminamos tomando un café con leche, y nos despedimos hasta la mañana siguiente. Noté que me encontraba algo achispado, casi con toda seguridad producto del vino que habíamos consumido. A ello achaco que, para despedirme, le diera un beso en la mejilla en la puerta de mi habitación.

6

ABRÍ LOS OJOS.

Livia estaba allí, vestida con un camisón de seda blanco que le llegaba hasta los tobillos y unos zapatos negros de tacón. Me miró y sentí cierta aprensión, que de inmediato fue sustituida por un deseo casi doloroso. Yo me encontraba tumbado sobre la cama, con las sábanas y el edredón a los pies del lecho. Ella caminó hasta mí con movimientos sinuosos, de serpiente. Abrió los labios y dejó que su lengua los acariciara, incitándome. Intenté incorporarme, pero ella me detuvo apoyando su mano sobre mi pecho. Noté que todo mi cuerpo estaba cubierto de sudor y brillaba bajo la luz procedente de las velas, cientos de velas repartidas por toda la habitación.

—¿Quieres que me lo quite? —susurró Livia, y alzó unos centímetros el camisón, mostrándome unas medias blancas de encaje.

Asentí con la mirada mientras ella se desnudaba sin hacer ningún ruido. Las llamas de las velas se agitaron cuando el camisón cayó al suelo y pude apreciar todo su cuerpo. Llevaba aquellas medias de encaje por toda ropa, junto a los zapatos de tacón. Advertí entonces que yo también estaba desnudo y sentí un asomo de vergüenza ante un principio de erección. Livia se abalanzó sobre mi cuerpo con pasión, y sentí sus labios acariciándome, atrapándome. Cerré los ojos cuando se sentó a horcajadas sobre mí y llevó mis manos hasta sus caderas. Sus movimientos acompasados me dominaban, y notar que estaba dentro de ella me proporcionaba un éxtasis desconocido hasta aquel instante.

Abrí los ojos mientras buscaba su boca con mi boca, ansioso. Y entonces vi su rostro. Emití un gemido ahogado e intenté liberarme de su presa, pero no pude. Ella continuó aquella monta salvaje, sujetando mis brazos al lecho con insultante facilidad. Me debatí, crucé las piernas, luché por evitar la consumación de aquel acto maldito. Ella sonrió, mostrándome sus dientes envueltos en hebras sinuosas que se agitaban como serpientes, cabalgándome.

Noté con pavor que nada podía evitar que llegara al final, y cuando supe que sería inevitable perderme en su interior, chillé. Mis alaridos alentaron sus movimientos, y una risa espectral taladró mis oídos mientras nuestros cuerpos se separaban. Exhausto, con la piel cubierta por un sudor frío, sentí arcadas y me incorporé para vomitar en el suelo. Todo alrededor daba vueltas, las paredes bailaban.

Entonces les vi.

Debían llevar allí desde el principio, observándome. El doctor Beltrán, regalándome una mirada lasciva, su cuerpo desnudo exhibiendo una febril erección. Germán González, sonriente, jugueteando con la montura de las gafas entre sus manos. Luciano, el chico de los recados, la enfermera de noche... Todos sonriéndome, todos desnudos. Cerré los ojos. La cabeza parecía querer estallarme. Caí hacia atrás y me golpeé con algo. Abrí los ojos y me encontré en el suelo, rodeado por ellos. Acercaban sus manos hacia mí y rozaban mi cuerpo. Intenté alejarme de sus caras, de sus cuerpos. En mi conciencia fragmentada tenía la sensación de estar gritando, aullando; pero no puedo afirmarlo con rotundidad. Gateé por el cuarto hacia la puerta, sintiendo la rugosidad de la alfombra en la palma de mis manos.

No me dejaron llegar.

Me atraparon, me envolvieron en un mar de cuerpos y me alzaron sobre sus cabezas. Con un cuidado inesperado me depositaron sobre el lecho de nuevo. Entonces Livia volvió a aparecer, y en sus manos llevaba un objeto extraño, una especie de amuleto. Germán la abofeteó con fuerza, y ella cayó al suelo.

—¿No conoces la ley? No debías tocarle hasta que ellos lo ordenaran —dijo el director del hospital, su voz parecía surgir de un pozo enfangado—. Espero que no hayas estropeado nada.

—La ley —repitió el doctor Beltrán.

—La ley —susurró una de las enfermeras, y al mirarla vi que de su boca surgían insectos negros de largas alas membranosas.

Livia escupió sobre la alfombra una larga serpiente, que se enroscó en sus piernas.

—¿Qué hace él aquí? ¿Por qué le habéis traído? —canturreó.

Luciano caminó hasta donde se encontraba Livia y le ayudó a incorporarse con sus largos brazos. Observé demasiadas articulaciones en aquellas extremidades, como si poseyera dos codos. Mi cabeza giraba y giraba como una noria, y algo en mi

interior me decía que, aunque lo deseara, no estaba sufriendo alucinaciones. ¿Me habían drogado? Intenté incorporarme, pero varias manos me mantenían sobre la cama. Una voz femenina susurró algo a mi espalda, algo que no pude entender. Giré la cabeza buscando darle un rostro a aquella voz, pero la habitación insistía en dar vueltas y vueltas y vueltas.

—Hablará con Andrés. Él le dirá lo que queremos saber —tarareó Germán con voz de barítono—. Por eso le hemos traído. Por ese motivo está aquí.

Aquel chico que ayudaba a Luciano bailaba y bailaba frente a mí, exhibiendo su cuerpo desnudo. Llevaba algo al cuello, un extraño colgante. Parecía el amuleto que llevaba Livia en la mano. Pero no podía ser un amuleto. Era negro, cuadrado, con dos extrañas terminaciones metálicas sobresaliendo de aquel caparazón. ¿Se trataba de un escarabajo? No, parecía mucho más grande.

—¿Por qué él? —preguntó alguien, un hombre quizá.

Alargué una mano hacia el colgante y sentí cómo mis dedos se enroscaban a su alrededor como gusanos. Tiré con fuerza y el objeto cayó al suelo, corriendo sobre sus diminutas patas metálicas hasta ocultarse bajo la cama. El chico protestó, con la boca llena de arena, la lengua pugnando por salir de allí. Nadie le prestó atención excepto el doctor Beltrán, que le indicó con un gesto que guardara silencio.

Sonreí. Un perro había entrado en el cuarto agitando la cola. De la lámpara colgaba una criatura verde que se deshacía y resbalaba hasta el suelo, depositando grumos macilentos sobre las bombillas. El rostro de Germán, una máscara burlona pintada de blanco y rojo, se acercó a mí y respiré su aliento rancio, con un sutil aroma a rosas. Oí de nuevo aquella voz femenina susurrando algo cerca de mi oreja, pero no podía entenderla. Germán sonreía, y su boca estaba plagada de dientes en varias filas, como la de un tiburón. Hebras doradas se agitaban en el interior de su garganta. Levantó una mano enorme, desproporcionada.

—Porque le conoce. Ya le conoce —dijo, y en aquel momento sentí un golpe en el rostro y perdí la consciencia.

EL CONOCIMIENTO

Y, cuando despertéis, os sentiréis exactamente igual. Seréis los mismos, desde cada uno de vuestros pensamientos, recuerdos, hábitos y manías hasta el último y más pequeño átomo de vuestros cuerpos. No hay ninguna diferencia. Ninguna. Seréis exactamente lo que fuisteis.

LOS LADRONES DE CUERPOS

Jack Finney

7

ABRÍ LOS OJOS.

Los primeros rayos del sol se filtraban por la ventana en una danza de minúsculas partículas de polvo. Creí oír el canto de un pájaro, quizá un gorrión. Las cortinas se mecían con una suave brisa que se colaba por un hueco abierto entre las hojas de la ventana. Parpadeé un par de veces y me froté los ojos con las palmas de las manos. Las sombras del cuarto se deslizaban por las paredes, menguando a medida que el amanecer se apoderaba de la habitación. Recordé que no había traído un reloj despertador en mi equipaje y decidí levantarme. Si era demasiado pronto ya encontraría algo que hacer; dar un paseo por los jardines podría resultar muy beneficioso si lo tomaba como una costumbre todas las mañanas.

Cuando me levanté advertí que había dormido desnudo. El pijama yacía como un fardo de ropa arrugada a los pies de la cama. Intenté recordar cuándo me lo había quitado, pero fue imposible. Cuando las noches eran calurosas en mi casa acostumbraba a apartar el edredón de mi lado de la cama, dejándolo sobre Diana que soportaba bastante peor que yo las bajas temperaturas, pero nunca llegaba a quitarme la ropa. Me sorprendía a mí mismo con esta actitud, quizá debida al vino que tomé con la cena. Sin embargo, no recordaba que durante la noche en el hospital hubiera hecho calor. Algo confuso, aunque en cualquier caso sin darle mayor importancia, enfilé con paso decidido hacia el cuarto de baño.

La ducha no me ayudó a entrar en calor ya que, pese a todos mis esfuerzos con los grifos, no conseguí que el agua alcanzara una temperatura adecuada. Al menos me ayudó a despejarme de los retazos del sueño que aún permanecían adheridos a mi cabeza. La notaba embotada, como si me hubiera acostado la noche anterior bajo los efectos del alcohol. No padecía los síntomas habituales de una resaca, se trataba más bien de una pesadez inusual que no me permitía hilvanar las ideas con facilidad. Tenía que hacer un esfuerzo consciente para no dejar caer el bote de

champú al suelo de la ducha, algo que en otras ocasiones se hubiera tratado de un acto inconsciente, y el cabello me dolía como si cientos de manos tiraran de cada terminación nerviosa desde el interior del cráneo. Terminé el baño y salí envuelto en una toalla, algo preocupado por aquella repentina migraña. Intenté afeitarme buscando mi reflejo en el espejo, pero el vapor de agua lo había empañado. Decidí lavarme los dientes y posponer el afeitado y lo demás hasta más tarde. El agua del lavabo estaba dolorosamente helada. Además, al enjuagarme la boca, noté un sabor metálico en ella, como el que se siente cuando se posan los labios sobre una herida. Me sentía como si, de pronto, mis sentidos se hubieran magnificado, y mi nivel de percepción de la realidad hubiera sufrido una repentina alteración.

Salí del baño con la idea de pedirle una aspirina a la enfermera en cuanto bajara a desayunar. Elegí unos pantalones grises —los mismos del día anterior— y una camisa oscura del armario y me vestí mientras tarareaba una vieja canción. Recordaba haberla oído en alguna parte, quizá en la radio. Terminé de abrocharme la camisa y volví al cuarto de baño. Los restos de vaho se disipaban del espejo como niebla desvaneciéndose bajo la lluvia. Busqué mi maquinilla de afeitar y el bote de espuma junto al lavabo, pero lo que encontré fue una maquinilla eléctrica. Sorprendido, la sostuve entre mis manos y la observé. No recordaba haber utilizado nunca una maquinilla eléctrica. De hecho, estaba completamente seguro de no haber visto con anterioridad aquella. Entonces, ¿cómo había llegado hasta allí? La dejé de nuevo sobre la repisa del lavabo. Tendría que pasar sin afeitarme esa mañana. Me acercaría al pueblo justo antes de la comida y buscaría una tienda para comprar una maquinilla de verdad. Cogí el peine, me miré en el espejo y comencé a peinarme. Al ver mi reflejo, me detuve. Una mancha amoratada crecía alrededor de mi ojo derecho, justo debajo de la ceja.

—¿Qué demonios...? —dije, mientras acercaba mi rostro al espejo para verme más de cerca.

La mancha parecía la marca dejada por un golpe. Tanteé con los dedos alrededor de la señal, comprobando si se trataba de un moretón. No me dolía. Rocé justo debajo de las cejas con los dedos, pero ni siquiera había síntomas de hinchazón. Podía ser cualquier cosa. Quizá había cogido frío, o había dormido en mala

postura, o me había golpeado contra la mesilla durante la noche. En realidad no tenía ni idea de lo que me había pasado en el rostro. Terminé de peinarme sin dejar de mirar aquella extraña marca, preocupado por su origen, y salí del cuarto de baño. Decidí llevar los mismos zapatos que el día anterior. Como era mi costumbre los había dejado junto al lecho. Me agaché a recogerlos y, al hacerlo, vi algo que brillaba bajo la cama. Sorprendido, me tumbé en el suelo para intentar ver mejor de qué se trataba. Cuando reconocí el objeto un escalofrío recorrió mi cuerpo, y los retazos del sueño me asaltaron. Me deslicé bajo el somier, intentando alcanzar el cargador de mi teléfono móvil. Bajo la cama se amontonaba el polvo, las pelusas y los restos de insectos. ¿Es que nadie había limpiado aquella habitación en el último mes? Me arrastré unos centímetros más, estirando mi brazo todo lo que podía. Mis dedos resbalaron sobre el cargador y tiré del cable hacia fuera. Me levanté y observé con atención aquel objeto que la noche anterior exhibiera la doctora Andrea como un trofeo.

—No es posible —susurré—. Anoche no ocurrió nada.

Había sido un sueño, sólo eso.

Entonces, ¿por qué el recuerdo me resultaba tan vívido? ¿Por qué tenía una mancha morada en el ojo, como si alguien me hubiera golpeado? ¿Y qué demonios le pasaba a mi cabeza? Cerré los ojos un instante, intentando mitigar el dolor que recorría mi frente y terminaba en mi nuca. Había sufrido migrañas en el pasado, la sensación no me era ajena. Destellos luminosos bailaron bajo mis párpados. Abrí los ojos, algo más relajado. Aquella mañana no era yo mismo, me dejaba llevar por pensamientos paranoicos impropios de mí, y no paraba de hablar en voz alta conmigo mismo como si estuviera perdiendo la razón.

—Cálmate, vamos —me dije, masajeando mi frente.

Sentí gotas de sudor en los dedos. Realmente aquel ataque había sido fuerte. Era probable que el dolor de cabeza remitiera tras desayunar un tazón de leche con cereales y tomar un par de aspirinas. Con aquella idea en mente conecté el cargador a la corriente, dejé cargando mi teléfono móvil y salí de la habitación.

La luz del día invadía el pasillo a través de los ventanales, proyectando sombras alargadas sobre el suelo alfombrado. Las plantas se retorcían buscando la luz del sol, sus troncos combados y las hojas giradas. No me consideraba un experto en biología, pero la forma inusual de aquellas plantas que había identificado

ayer mismo como ficus me causó cierto desasosiego. Mientras avanzaba por el pasillo tuve la extraña impresión de que alguien me vigilaba, acechando tras las puertas que se abrían en los laterales. Me volví antes de alcanzar las escaleras intentando sorprender a mi perseguidor tras de mí, agazapado entre las plantas, pero allí no había nadie. Sólo el largo pasillo con puertas a un lado y a otro, perdiéndose en el horizonte, la alfombra roja agitándose como una lombriz cegada por la luz brillante, las hojas verdes trepando por las paredes dejando tras de sí un líquido ambarino que se deslizaba lentamente hasta el suelo.

Parpadeé un par de veces. El pasillo recuperó su aspecto habitual. Algo no marchaba bien. Algo le pasaba a mi cabeza, algo que me hacía sufrir alteraciones en la visión tan extraordinarias como la que acababa de presenciar. Lo achaqué a la tensión, a los nervios, intentando limar el terror que me había producido aquella imagen. Quizá no estaba preparado para afrontar aquel trabajo, quizá aquella nueva situación me estaba superando, me dije mientras limpiaba el sudor de mi frente con el dorso de la mano. Aunque, en realidad, ¿cuál había sido mi nivel de implicación en aquel caso? ¿Qué progresos había realizado desde mi llegada al hospital? No, no había hecho nada productivo. Había leído notas, había escuchado cintas, había visto vídeos. En realidad no había trabado ningún contacto con Andrés Vergara, aunque no podía negar que sentía cierta obsesión por su caso, producida por un peculiar sentimiento de afinidad que no acertaba a comprender. En cualquier caso, no me parecía probable que fuera motivo para sufrir alucinaciones delirantes ni sueños perturbadores. Enfadado conmigo mismo por ser incapaz de disipar por completo mis temores, bajé por las escaleras hasta la planta baja para compartir el desayuno con el resto del personal.

—¿Doctor Gómez? Veo que se ha levantado pronto hoy —me dijo la enfermera que atendía la recepción con una sonrisa.

Le devolví la sonrisa y le pregunté si podría darme una aspirina. Solícita, desapareció un momento bajo el mostrador y volvió a aparecer con un pequeño botiquín metálico. Intentó abrirlo, pero al parecer la tapa se había quedado encajada y no podía hacerlo. Sonrió de nuevo, se encogió de hombros y me tendió el botiquín con un gesto mezcla de diversión y disculpa. Tomé el botiquín de sus manos y, tras forcejear un rato con él, conseguí abrir la tapa desparramando la mayor parte del

contenido por el suelo de la entrada.

—Oh, no se preocupe —dijo la enfermera, apresurándose a recoger vendas, cajas de tiritas y un bote de agua oxigenada—. Coja la aspirina, ya recogeré yo todo esto.

Tomé entre mis manos la caja de aspirinas. Temblaba como si estuviera viva. Sentí en la yema de los dedos el calor que transmitía y un ritmo estable de pulsaciones, un latido que se reflejaba en las palpitaciones que podía ver en la superficie de la caja. A punto estuve de dejarla caer al suelo. La introduje en mi bolsillo, consciente de que en aquel momento sería incapaz de llevarme una de aquellas pastillas a la boca. Con un gesto me despedí de la enfermera y me dirigí al comedor, consciente de la presencia de la caja junto a mi pierna. El doctor Beltrán y el doctor Valero desayunaban en silencio y cuando entré me dedicaron un breve saludo.

—Buenos días, doctor Gómez —dijeron casi al unísono.

—Buenos días —respondí, tomando asiento.

Advertí que allí hacía más frío. Las ventanas, sin embargo, estaban cerradas como el día anterior, y a través de los cristales cubiertos de polvo se descubrían las rejas del exterior. Coloqué la silla un poco más cerca de la mesa, arrastrándola por el suelo. El ruido que se produjo, cortante como una cuchilla, taladró mis oídos. Me llevé una mano a la cabeza y noté que, a pesar del frío, seguía sudando.

Un instante después la puerta que comunicaba el comedor con la cocina se abrió y apareció Martín con una cafetera en la mano. Me sirvió café sin apartar la vista de mi taza. Su mano tembló un instante al retirar la cafetera, dejando caer unas gotas sobre el mantel que formaron extrañas representaciones abstractas semejantes a las figuras que se muestran en el test de Roscharch. Sebastián Valero alzó la mirada, y durante un largo momento se creó un tenso silencio. La inmovilidad de Martín, la atención de los doctores fijada en el joven, mi propia inquietud producto de los extraños pensamientos que abordaban mi mente.

—¿Azúcar? —dijo Manuel Beltrán, fragmentando aquel silencio como si hiciera pedazos un cristal.

Asentí, sirviéndome dos terrones del azucarero que el doctor me tendía mientras Martín se escabullía en la cocina. Durante todo el proceso el chico no me había dirigido ni una sola mirada, como si temiera alguna cosa. No pude evitar pensar en el sueño de la

noche anterior, en el momento en el que le arrebaté el cargador de mi teléfono. Pero aquello no tenía sentido, ya que se trataba de un sueño absurdo, una pesadilla imposible. Era muy probable que yo mismo hubiera dejado caer al suelo el cargador al deshacer la maleta, y después lo hubiera lanzado bajo la cama sin advertirlo. De hecho, la única respuesta lógica posible.

Tomé un sorbo del café —frío, aunque la taza humeaba y notaba cierto calor en la palma de la mano— y cogí una galleta del bol repleto que habían colocado sobre la mesa. Se deshizo en migajas cuando la mojé en la taza, pero a pesar de ello tenía un agradable sabor a frutas, como si estuviera rellena de fresas. Sorprendí al doctor Valero observándome.

—¿Si? —dije, molesto al intuir que de alguna forma me estaba sometiendo a un reconocimiento médico improvisado.

—Oh, nada, perdone. Estaba abstraído —respondió el doctor, quitando importancia al suceso con un gesto de su mano.

Recordé la aureola morada que envolvía mi ojo y supuse que aquello sería el motivo de su atención. Me dominaba la necesidad de verme de nuevo en el espejo y comprobar que la señal no había crecido, inundando toda la piel de mi rostro de aquel color oscuro. Terminé el café y me disponía a levantarme cuando la doctora Andrea entró en el comedor. Con un movimiento sugerente colocó su mano sobre mi hombro y me obligó a sentarme de nuevo. Ella tomó asiento junto a mí ignorando los gestos reprobatorios que se reflejaron en los rostros de los doctores.

—¿Ha dormido bien, doctor Gómez? —silabeó.

Abrí la boca para responder, pero no pude hacerlo. De nuevo imágenes oníricas me envolvieron, y comencé a pensar que no se había tratado de un sueño. Entonces, ¿qué había pasado? ¿Qué pretendían estas personas? Intenté aplicar la lógica, pensar con frialdad e intentar comprender qué es lo que creía que estaba ocurriendo allí, en el Hospital para Perturbados Mentales Salduba. El doctor Valero le susurró algo al doctor Beltrán. En realidad nada inusual había sucedido durante el tiempo que llevaba en el hospital si exceptuaba el sueño de la noche pasada. Todo lo demás no eran más que fabulaciones de mi mente, creaciones perturbadas sin sentido. Sebastián Valero le hizo un gesto a la doctora Andrea indicándole que se marchara. Ella sonrió, frunció el ceño, jugueteó con mi pelo ignorando mi expresión de desesperación.

—Livia… —murmuró el doctor Valero, incorporándose.

Livia se levantó, me dedicó una última mirada.

—Quizá luego nos veamos —dijo.

Asentí sin pensar. Me disponía a despedirme de mis compañeros cuando me fijé en el interior de la taza de café. Algo delgado se deslizó un momento a través de ella, desapareciendo segundos después. Algo delgado, negro, con múltiples patas. Sin perder la compostura dejé la taza sobre la mesa, aunque las manos me temblaban y gotas de sudor resbalaban por mi nuca. Las visiones se estaban multiplicando peligrosamente. Me dije a mí mismo que lo mejor que podía hacer en esos momentos era sumergirme en mi trabajo. Me levanté, casi haciendo caer la silla al suelo. El doctor Beltrán me miró con gesto preocupado, aunque tuve la impresión de que su preocupación era fingida, o debida a algo distinto por completo.

—Subiré a ver a mi paciente —dije.

Manuel Beltrán hizo ademán de añadir algo más, pero se interrumpió. En silencio agradecí que me permitieran salir de allí, tan alterado me encontraba. Algo incomprensible me había ocurrido la noche anterior, y debía desentrañarlo si no quería terminar como paciente en la misma institución en la que trabajaba.

8

AQUELLAS ALTERACIONES DE LA PERCEPCIÓN ME PREOCUPABAN. No comprendía qué era lo que me estaba ocurriendo. Mientras salía del comedor y me dirigía a las escaleras, me había cruzado con una de las enfermeras del turno de mañana. Sin embargo, su rostro no se correspondía con el que yo recordaba. Sus ojos, grandes, desmesuradamente grandes, me habían observado con algo cercano a la lascivia. Entonces me había saludado, una sonrisa helada que quebraba su rostro de porcelana.

—Buenos días, doctor Gómez —dijo, pero sus labios no se movieron.

Apenas le respondí un balbuceante saludo y caminé en dirección a las escaleras. Al apoyar la palma de la mano sobre la barandilla advertí la gran cantidad de polvo que reposaba sobre ella. Froté la mano contra la pernera de mi pantalón mientras subía al primer piso, rumiando en mi interior todos los sucesos que habían acaecido desde el amanecer. Mis pasos sobre los escalones reverberaban como si los tacones de mis zapatos estuvieran hechos de latón y el suelo fuera bronce pulido. Al mirar las paredes no pude menos que sentir un escalofrío, ya que no se correspondían en absoluto con las que recordaba del día anterior. Donde esperaba encontrar el cálido color de la pintura hallaba restos de una sustancia amarillenta que rezumaba del interior de los ladrillos.

—Por el amor de Dios —acerté a murmurar.

¿Me habían drogado? Aquélla parecía la única explicación posible. Imaginé al doctor Valero la noche anterior en las dependencias de la cocina, frente a la botella de vino. Le vi verter en el interior de la botella una sustancia blancuzca, densa, extraída del cuerpo de un gusano enorme que se deslizaba entre sus dedos, luchando por escapar. Después observé cómo, con parsimonia, colocaba el tapón de corcho y le entregaba la botella a la doctora Andrea.

Agité la cabeza para desechar aquella idea macabra. Estaba empezando a pensar como un escritor de novelas de terror

baratas, uno de esos que coloca a su protagonista principal en una casa maldita y a continuación le rodea de todo tipo de criaturas monstruosas. Y yo no daba la talla para acaparar el protagonismo en esta situación, porque mi comportamiento se encontraba cercano a caer en la definición de paranoia.

Al llegar a la primera planta no pude reprimir el impulso de mirar hacia atrás, temiendo que alguien me siguiera. Resultaba ridículo, y desde luego nadie había seguido mis pasos, pero todo a mi alrededor se transformaba de tal manera que sentía la necesidad de permanecer alerta. Avancé por el pasillo, nervioso. Me detuve ante una de las puertas que siempre permanecían cerradas, una de aquellas en las que la doctora Andrea me había indicado que descansaban los pacientes internados en el hospital. Escuché colocando mi oreja contra la hoja de la puerta, intentando adivinar quién se escondía en su interior. Nada. Temblando, sabiendo lo que hallaría en su interior, tomé el pomo y lo giré hasta que se oyó un chasquido inconfundible, y la habitación se abrió ante mí.

Estaba vacía. Por completo. Sólo capas de polvo acumulado durante meses se extendía sobre el suelo de losetas grises. Entré, mancillando con mis zapatos la inmaculada quietud del cuarto. Allí no había nadie, nunca lo había habido. Caminé hasta la ventana, por donde entraba la luz del sol. Nadie, vacía.

—No es posible —murmuré, incapaz de permanecer en silencio.

Salí al pasillo. No sabía qué pensar. Fui hasta otra de las habitaciones e intenté abrir la puerta, pero habían echado el cerrojo. Golpeé varias veces, intentando llamar la atención de un posible ocupante del cuarto. No obtuve respuesta. Forcejeé varias veces con el pomo antes de desistir y caminar hasta la puerta siguiente. Allí no tuve problemas para abrir y entrar. En el interior no había nadie, ni nada. Vacía como la anterior. Me acuclillé en el suelo y toqué las losetas del suelo con los dedos. El polvo acumulado me obligó a toser varias veces antes de salir de allí, perplejo y a la vez aterrorizado.

Me dirigí a la sala de vídeo, al lugar al que me había conducido una de las enfermeras ayer mismo. Me detuve ante la entrada, indeciso, atemorizado. ¿Qué iba a encontrar en su interior? ¿Otra sala vacía? Todo aquello carecía de sentido, de lógica alguna. Giré el pomo, abrí la puerta, entré. Dentro estaba

oscuro. Busqué con la mano el interruptor de la luz, lo pulsé repetidas veces intentando iluminar las sombras. Nada ocurrió. A pesar de ello, me aventuré en el interior, intentando no tropezar con nada. Descubrí las sillas plegables en las que me había sentado para ver los vídeos de mi paciente; aquellos en los que habían grabado al doctor Andrés Vergara tumbado en su camilla mientras los doctores le realizaban diversas preguntas. A través de la puerta abierta entraba algo de luz procedente del pasillo, y poco a poco mi vista se fue acostumbrando a las condiciones de penumbra en las que me desenvolvía. En la pared más alejada destacaban los contornos del televisor, junto a una mesa baja en la que debía descansar el reproductor de vídeo. Tanteando las sillas, evitando tropezar, me acerqué hasta allí y encendí el televisor. Sintonizado en un canal muerto, la pantalla se llenó de estática, dotando de una fantasmagórica iluminación a la sala. De pronto, las sillas parecían dotadas de vida, y cuando las observaba sus contornos se desdibujaban en el aire, como si una niebla densa cubriera su superficie. De nuevo todo parecía transformarse ante mis ojos, adquiriendo connotaciones de alucinación. Sentí deseos de salir de allí, de abandonar aquella sala, pero no podía marcharme hasta comprobar que, tal y como recordaba, en aquel lugar había estado presenciando varias proyecciones. Me acerqué a la mesa sobre la que debía descansar el reproductor de vídeo. No estaba.

—Lo habrán cambiado de lugar —murmuré, mi voz ahogada por el rumor procedente del televisor.

Pero tenía la sensación de que nunca había estado allí, de que nunca había tenido acceso a ningún tipo de documento visual sobre el doctor Vergara. Aquella certeza resultaba perturbadora. ¿Qué estaba ocurriendo realmente allí? Supe que si quería obtener respuesta a aquel interrogante, debía acudir al único lugar en el que podría encontrarla: la habitación en la que permanecía encerrado Andrés Vergara.

9

Me detuve frente a la puerta de Andrés Vergara. La placa todavía permanecía allí, atornillada a la madera. Las letras habían sido grabadas sobre el metal de forma minuciosa, remarcando los contornos y afilando los vértices. Deslicé la punta de mis dedos sobre las palabras, sobre la cabeza de los tornillos, acariciando su textura. Las sensaciones se multiplicaban en mi cabeza, una hipersensibilidad que no alcanzaba a controlar. Retiré la mano. A mis dedos habían quedado adheridas diminutas partículas de madera, restos recientes de la instalación de la placa. Miré mi mano durante unos segundos, pensativo. Aquella placa de identificación había sido atornillada hacía poco tiempo, y después no habían tenido ocasión de limpiarla a conciencia. Froté mi mano contra el pantalón y abrí la puerta.

En su interior el doctor Vergara permanecía en la misma posición que le había encontrado el día anterior: su cuerpo atado a la camilla mediante correajes de cuero por las muñecas y los tobillos. Al acercarme advertí que tenía los ojos cerrados y en su rostro podía leerse una cierta relajación. Una barba incipiente trepaba por sus mejillas, señal inequívoca de que no se había afeitado en el último día o dos. Imaginé que no lo haría él mismo, sino que una enfermera se encargaría de esa labor. Lo más probable era que se sirviera de una maquinilla eléctrica para evitar algún corte inesperado. El hilo de pensamientos me llevó a la maquinilla que había encontrado en mi habitación, aquella que no recordaba que fuera mía. De pronto todo me resultaba sospechoso y extraño, como si me encontrara en el vórtice de un abismo de engaños y alucinaciones.

Caminé por la habitación con las manos a la espalda, prestando especial atención a todo lo que me rodeaba. A través de las cortinas la luz del exterior pugnaba con la luz procedente de la lámpara halógena del techo. Aparté las cortinas para permitir que entrara y me detuve un momento para apreciar las rejas. A pesar de las manchas de óxido tuve la impresión de que las habían instalado recientemente. Di un paseo alrededor de la cama,

mirando a todos lados. Junto a la mesilla, en el suelo, encontré el capuchón de un bolígrafo que alguien había dejado caer sin advertirlo. Lo recogí y me lo guardé en un bolsillo. Consulté la hora en mi reloj. Desde que me había despertado tenía la sensación de que el tiempo transcurría más despacio, como si todo el universo hubiera ralentizado sus movimientos para permitirme apreciar mejor lo que ocurría a mi alrededor. Tosí un par de veces. Al hacerlo sentí un agudo dolor en la nuca. Al parecer la migraña no había remitido.

Me centré de nuevo en Andrés Vergara, que seguía tumbado en la cama con los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba, lo que me permitía asegurar que seguía con vida. Permanecía inmóvil, sin dar ninguna señal de ser consciente de mi presencia. Me acerqué hasta el camastro y me coloqué junto al rostro de mi paciente, en cuclillas. Su respiración era acompasada, como si su mente se deslizara por un sueño benévolo, tal vez en un lugar muy lejos de esta institución psiquiátrica. De pronto giró la cabeza hacia el lado contrario. Con aquel movimiento me descubrió parte de su nuca. Allí, extendiéndose hacia un punto indeterminado por debajo de su cuello oculto por el pijama, nacía una mancha amoratada que cubría la mayor parte de la base del cráneo. La observé detenidamente, intentando comprender cómo podía haberse producido semejante lesión si permanecía atado a la camilla. Entonces, algo largo y delgado, como una hebra de aspecto quebradizo, salió de su nuca en dirección a mi rostro. Sobresaltado retrocedí un paso, golpeándome contra el armarito.

—¿Qué...? —gemí.

El armario cayó al suelo con estrépito, abriéndose los cajones y desperdigando su contenido por el suelo del cuarto. Las manos me temblaban cuando me agaché a recoger todo lo que había caído. Levanté el armario y lo coloqué de nuevo en su posición vertical. Uno de los cajones se había quebrado por la parte inferior y ahora estaba inservible. En un pensamiento tan ilógico como racional en aquella situación me vi a mi mismo disculpándome ante Germán González por mi torpeza. De rodillas, con manos temblorosas, fui recogiendo las cajas de medicamentos e introduciéndolos en el otro cajón. Cuando tuve en mis manos el Tranxilium varios insectos se deslizaron de su interior y cayeron al suelo. Ahogué un grito y me arrastré por el suelo con las rodillas para alejarme de ellos. Cuando intenté ver hacia dónde habían ido

descubrí que ya no estaban allí.

—Malditos seáis —balbuceé.

Recogí la caja de Aldosomnil. En el interior, sobresaliendo por la esquina inferior, encontré una hoja de papel plegada. Al extraerla y desdoblarla advertí que era una receta. En ella indicaba la dosis de pastillas que el paciente debía consumir durante su estancia. Los trazos a bolígrafo eran irregulares, casi ilegibles, lo que le daba veracidad al papel. Volví a plegarla y a introducirla en el cajón junto con el Aldosomnil. Aquel medicamento me traía un recuerdo a la mente, algo que no llegaba a encajar en el puzle de mi memoria. Me volví hacia el doctor Vergara y nuestras miradas se encontraron. Allí, de rodillas en el suelo, me sentí ridículo y empequeñecido ante la fuerza que emanaban sus ojos. Parpadeó dos veces, en un gesto cómico de incredulidad. Abrió la boca y tosió débilmente.

—Doctor, permítame —dije, y liberé sus muñecas de las presas de cuero.

Andrés Vergara me miró durante casi un minuto antes de incorporarse en la cama. Lo hizo despacio, apoyándose en los codos. En sus muñecas se apreciaban marcas rojizas producto de las correas. Una vez sentado, aspiró una bocanada de aire con los ojos cerrados. Parecía un preso al que le han concedido al fin la libertad más que un paciente. Me pregunté cuánto tiempo habría permanecido atado. Debía interrogar a Germán González o al mismísimo Eduardo Bermúdez acerca de aquello. Andrés tosió de nuevo sin apartar la vista de mí. Parecía querer entablar conversación conmigo, pero la garganta le traicionaba. Al fin consiguió calmarse y, masajeándose las marcas visibles de sus muñecas, habló.

—¿Cómo me has encontrado? —dijo, y su voz me heló la sangre.

Sonaba cansada, dolorida, pero resultaba inconfundible. Poseía un tono peculiar, inolvidable. Me vi sosteniendo largas e interminables conversaciones con aquella voz, aunque no me resultaba posible recordar el contenido de nuestras charlas. Sin embargo, yo nunca había visto antes al doctor Vergara. Incluso sus palabras traicionaban a mi cerebro: sugerían que yo le estaba buscando, que de alguna forma nos conocíamos.

—No... no entiendo —tartamudeé, sintiendo en mi interior que afloraban recuerdos largo tiempo olvidados.

—¿Qué es lo que no entiendes, Andrés? —dijo, tosiendo de nuevo.

Intenté pensar en ello. ¿Qué era lo que no entendía? Era difícil decirlo. Por un lado, me embargaba aquella inesperada sensación de familiaridad, como si hubiéramos compartido grandes momentos en un pasado reciente. Por otro, recordaba vívidamente mi encuentro con Eduardo Bermúdez, lo que me aseguraba que de ninguna manera había conocido yo en alguna ocasión anterior al doctor Vergara. ¿Y las extrañas sensaciones que me embargaban desde anoche? La percepción alterada del paso del tiempo, la hipersensibilidad que me atacaba los sentidos. ¿Lo había soñado o había sucedido en realidad? Además, en las últimas horas todo el hospital, desde el personal hasta el mismo edificio, se me antojaba una gran mascarada. Quise recapacitar sobre las últimas palabras del doctor Vergara y entonces todo dio un vuelco.

—¿Cómo me ha llamado? —susurré.

Él me miró, y descubrí en sus pupilas multitud de cosas antes de que me dijera lo que esperaba oír. Porque en aquel momento algo se rasgó en mi interior, y el muro de ladrillo que bloqueaba mi memoria se desmoronó como golpeado por un mazo. Recordé de nuevo el sueño de la noche anterior, las palabras que mencionaban el nombre de mi paciente. Mi nombre.

—Andrés —dijo—. No has olvidado tu nombre, ¿verdad?

—Desde... luego —gemí.

Pero lo había olvidado, enterrado en el lugar más oscuro y recóndito de mi inconsciente. Me senté en la camilla junto al que hasta hace unos segundos había considerado mi paciente. No tardé mucho en integrarle en la bruma de mis recuerdos: Julio Gómez, mi ayudante. Yo.

—Sigo sin saber qué haces aquí. Ni siquiera sé qué hago yo aquí —dijo Julio, y de nuevo sufrió un ataque de tos.

De su boca surgieron finos hilillos que se agitaron en el aire como pseudópodos. Aterrado, me levanté de un salto de la cama y retrocedí hasta la pared. Aquellos filamentos se introdujeron de nuevo en la boca de Julio. Observé su rostro y advertí que o bien no era consciente de lo que acababa de ocurrir, o bien de nuevo mi cabeza estaba imaginando cosas. Julio señaló las correas que atrapaban sus pies con una mano.

—¿Podrías desatar las correas?

Al hablar, aquellas hebras surgían de su garganta y se

deslizaban al exterior. Después volvían a ocultarse, como si temieran ser descubiertas. Intenté asociar la tos de Julio con aquellas cosas, y sentí un escalofrío recorriendo mi espina dorsal. No iba a poder acercarme hasta él y liberarle. Aquello ya no era humano. Recuerdos como fogonazos de luz brillaron en la oscuridad de mi memoria. Recordé las imágenes captadas, la mujer atada a la silla. Pero no conseguía que mis pensamientos formaran un todo coherente. Tenía la sensación de que todo aquello encajaba de alguna manera, pero faltaban piezas esenciales. Caminé hacia la puerta sin apartar la vista de Julio.

—¿Andrés? —dijo, mostrándome los zarcillos delgados y transparentes que rozaban sus labios— ¿No vas a desatarme?

—No —respondí—. No puedo. No sé lo que ocurre, pero no puedo. Lo siento. Lo siento. Lo siento mucho.

—¿Andrés? —insistió Julio, y fui consciente en aquel momento de que no necesitaba mi ayuda para liberarse, ya que podía hacerlo él mismo tras haberle desatado yo las manos.

Llegué hasta la puerta y tanteé la madera hasta encontrar el pomo. Lo giré despacio, atento a los movimientos del hombre sentado en la camilla. Intentaba eliminar su nombre de mi cabeza, borrarlo de mis recuerdos, convertirlo en un desconocido. Una ráfaga de recuerdos flotó frente a mi ojos, y me vi a mi mismo golpeando a una mujer en el rostro. Julio estaba allí, junto a mí, paralizado. En mi mano sostenía un objeto cilíndrico de madera, quizá un bastón o un bate de béisbol. La ensoñación desapareció, inundándome de dudas. ¿Por qué había golpeado a aquella mujer? ¿Quién era ella? Sintiendo de nuevo como la migraña se alojaba en mi cabeza abrí la puerta y salí de aquella habitación, rezando en silencio para que aquella cosa que parecía un hombre pero no lo era no se levantara y decidiera perseguirme.

10

CERRÉ LA PUERTA A MI ESPALDA.

El pasillo se encontraba desierto. Una suave brisa se colaba por una de las ventanas que alguien había dejado abierta. Me acerqué hasta ella para cerrarla y, tras hacerlo, desde allí recorrí el exterior del edificio con la vista. En un instante me encontré evaluando las posibilidades reales que tenía de escapar de aquel lugar maldito. Pequeños arbustos rodeaban el sendero de tierra que atravesaba el jardín y desembocaba en la verja de entrada. Desde mi posición era difícil apreciar si el candado y la cadena permanecían enganchados en los barrotes, bloqueando una de mis posibles vías de escape. Junto a la pared de piedra que cercaba los terrenos colindantes al hospital crecían algunos árboles de tronco delgado y aspecto quebradizo. Se mecían al viento como tallos de bambú, acariciando con sus ramas los cristales rotos que coronaban el muro. No podría utilizarlos para escalar la pared de piedra, y aunque pudiera hacerlo, aquellos cristales repartidos por la superficie no presagiaban un camino fácil. Busqué a Luciano o a Martín en el exterior con la mirada, pero no los encontré. Me los imaginaba allí escondidos entre los arbustos, acechándome, esperando que abandonara el hospital para abalanzarse sobre mí y llevarme de nuevo al interior. Intenté localizar algún rastro que me llevara a mi coche, pero no hallé nada. Tendría que confiar en la suerte cuando decidiera escapar de allí. Porque debía salir de allí, avisar a mi esposa, contarle todo lo que estaba ocurriendo.

Yo había descubierto quién era, pero todavía quedaban muchos cabos sueltos en aquella historia para dementes. Recordaba mi nombre, recordaba fragmentos de mi vida. Pero el pasado reciente se resistía. ¿Qué había ocurrido durante el incendio? Mis recuerdos no se correspondían con lo que había leído acerca del caso de Andrés Vergara. De mi caso. ¿Había sucedido aquello realmente? ¿Había provocado yo un incendio? Debía volver a casa, preguntarle a Diana. A Diana. No sabía qué pensar, todo se volvía demasiado confuso. Punzadas de dolor recorrían mi frente a cada instante, gritándome que consiguiera

con premura una aspirina si quería sobrevivir a esta migraña. En mi bolsillo todavía llevaba la caja que me habían dado en recepción. Sin embargo, no me atrevía a tomar nada de lo que pudiera encontrar en aquel lugar. Resultaba irónico: encerrado en un hospital y negándome a tomar ningún medicamento.

Algo se movió en el exterior, junto al camino. Cuando quise averiguar de qué se trataba, fuera lo que fuese ya había desaparecido. El sol quedaba oculto tras grandes nubarrones grises que amenazaban lluvia, convertido en un círculo difuso de color anaranjado, creando sombras inusuales que me provocaron un escalofrío. Me aparté de la ventana y decidí subir a mi cuarto. Recogería lo que pudiera y abandonaría aquel lugar. No sabía qué estaba haciendo allí, ni por qué motivo me habían conducido hasta aquel lugar. Mi cerebro me traicionaba. ¿Había conversado en realidad con Eduardo Bermúdez? ¿Cuál era mi relación con él? Sacudí la cabeza a un lado y a otro, intentando ordenar mis pensamientos.

—Vamos, maldita sea —murmuré, dándome ánimos.

Ascendí por las escaleras apoyándome en el pasamanos. Temía perder el control y caer al suelo. La imagen de una mujer joven, el rostro cubierto de sangre y gritando incoherencias, me vino a la mente. Parpadeé varias veces hasta que desapareció. Mis zapatos provocaban un estruendo cada vez que los apoyaba sobre un escalón. La frialdad del pasamanos se transmitía por la palma de mis manos hasta mi pecho. ¿Qué eran aquellas extrañas cicatrices que crecían en mi antebrazo? Quizá marcas de antiguas quemaduras, quizá cualquier otra cosa. Me costaba respirar y llegué al segundo piso jadeando, con la piel cubierta por un sudor frío. Respiré hondo un par de veces y caminé hacia mi habitación. Sabía que allí se ocultaba algo extraño, algo malvado de lo que había tenido un atisbo hacía pocas horas. Armándome de valor recorrí los últimos metros que me separaban del cuarto y abrí la puerta. Me quedé unos segundos en el umbral, atento a cualquier detalle que se me hubiera pasado por alto. No quería que lo que había atrapado a Julio me atrapara a mí.

En el interior todo permanecía en calma, como si la habitación entera hubiera estado esperando con paciencia mi llegada. Abrí el armario y descolgué la ropa, lanzándola sobre la cama. Algunas perchas cayeron al suelo, pero no le di importancia. Vacié los cajones de la ropa interior que contenían, ordenada de una forma

tan peculiar que me resultaba evidente que yo no lo había hecho. En el baño encontré la maquinilla de afeitar y el cepillo de dientes además de un bote de desodorante y un elixir bucal. Nada de aquello era mío. Empecé a pensar que había cometido un grave error volviendo allí. No necesitaba nada de aquello, lo único que debía llevarme eran las llaves del coche. ¿Dónde las había dejado? El cajón de la mesilla estaba vació, su interior cubierto por una capa de polvo. En realidad, aunque no lo había advertido a mi llegada, todo el cuarto se encontraba cubierto de polvo. Las lámparas, las mesas, el armario, la cama. Incluso mi ropa. ¿Qué tipo de droga me habían dado? ¿Qué tipo de tratamiento me habían aplicado para confundir de aquella manera mi cerebro?

Volví al cuarto de baño, abrí el grifo de agua fría y empapé mi rostro varias veces. Mi ojo izquierdo parpadeaba de modo incontrolable y mis manos temblaban. El rostro reflejado en el espejo me devolvió una mirada aterrorizada. La mancha amoratada había descendido por mi mejilla y avanzaba hacia mis labios. No se trataba de un golpe ni de nada parecido. Era algo peor, mucho peor. Sentí las lágrimas agolpándose, deseando salir, pero no lo permití. Sabía que debía salir de allí. Algo flotaba en mi cabeza, algo referente a una cámara. Y sabía dónde encontrarla.

Salí al pasillo con el teléfono móvil en la mano. No había cobertura, pero confiaba en la posibilidad de salir al exterior y poder realizar una llamada. Avisaría a la policía, les daría la dirección del hospital y esperaría escondido hasta que llegaran. Me dirigí hacia las escaleras, pero me detuve al llegar al ascensor. Las puertas estaban abiertas, y de su interior salieron Germán González y Livia Andrea. Retrocedí unos pasos, permitiendo que se interpusieran en mi camino de huida.

—Hola, doctor Gómez. Le encuentro algo alterado —dijo el doctor, y algo se agitó en sus ojos, una especie de líquido ambarino.

Retrocedí otro paso, enarbolando el teléfono como si se tratara de un arma.

—No se acerque, sea lo que sea —dije, advirtiendo como mi voz temblaba—.Voy a salir de aquí.

—¿Nos abandona tan pronto? —susurró Livia— Y sin despedirse. Ha perdido los modales, doctor Gómez.

Sin apartar la vista de Germán González, temblando de pies a cabeza, evalué la situación. No sabía sí podría alcanzar las

escaleras. Aquellas cosas que estaban frente a mí podían ser humanas, o no serlo. ¿Quién sabe de qué proezas eran capaces? Aunque algo en mi interior me decía que no debía preocuparme, que eran más frágiles de lo que aparentaban. Una última punzada de duda se clavó en mi pecho, y llegué a pensar que aquello no podía estar ocurriendo, que todo era producto de mi mente desquiciada, que en realidad yo era un paciente de aquella institución para perturbados mentales que se había liberado de sus correas y vagaba por los pasillos perdido en sus fantasías.

—No me llamo Julio Gómez. Mi nombre es Andrés Vergara —mascullé, mirando al doctor González—. Y ustedes lo saben.

—Oh, claro que lo sabemos —respondió Germán, sonriendo, y todo mi aplomo se vino abajo—. Lo que nos preguntábamos era cuándo lo descubriría usted.

Retrocedí de nuevo para evitar que se acercaran a mí. Habían dado un paso al unísono, como dos títeres en una función infantil.

—Y ha tardado mucho más de lo que podíamos prever, amigo mío. Aunque, al fin y al cabo, nunca es demasiado tarde, ¿verdad? Además, ha escogido usted el mejor momento, ahora, y el mejor lugar, aquí, rodeado de amigos —continuó el doctor, dando otro paso—. Imagino que le vendrán a la cabeza muchas preguntas. ¿Desea formulármelas?

Miré a mi alrededor buscando algo que pudiera emplear como un arma. Ellos se habían detenido a dos metros de mí, al parecer esperando que hablara. Yo no sabía qué hacer. Reconocían que yo era Andrés Vergara, y con ello todo un cúmulo de mentiras y engaños sin sentido. Sin embargo, aquel hecho aislado para nada explicaba los extraños pasajes alucinatorios que estaba sufriendo, ni los motivos que les habían llevado a realizar aquella pantomima absurda.

—¿Qué hago aquí? ¿Por qué me han traído? —pregunté.

—Está usted aquí para recordar, doctor Vergara. Para recordar quién es usted, para recordar lo que ocurrió durante el incendio. Ha permanecido ingresado en diferentes clínicas durante más de dos años, y solo ahora hemos tenido acceso a usted. Los demás no tenían interés en que usted recordara. Nosotros sí. Tiene usted algo que nosotros queremos —dijo Germán, y el líquido ambarino de sus ojos se deslizó por sus mejillas como lágrimas.

—¿Nosotros? ¿Quiénes son ustedes? —inquirí.

—Pronto lo sabrás, maldito desgraciado —susurró la doctora

Andrea, y Germán le indicó que mantuviera silencio.

—Ya sabe quiénes somos, doctor Vergara. De hecho, ahora está empezando a vernos, ¿verdad? Siempre es un proceso traumático, doloroso, repleto de visiones de pesadilla. Pero no se preocupe, no durará mucho. Tal vez cinco o seis días, después comprenderá todo mejor. Lástima que el anfitrión no sobreviva por completo a la unión. ¿Ha visto a Julio Gómez? Él podría explicarle el proceso mejor que yo, lo está viviendo ahora mismo.

Dio otro paso hacia mí, y la doctora Andrea le imitó. Sentí arcadas. Ya no podía retroceder más, mi espalda estaba casi rozando la pared. ¿Qué me habían hecho aquellos bastardos? ¿Qué me habían hecho? Necesitaba tiempo, tiempo para pensar qué hacer, pero no lo tenía. En unos segundos estarían sobre mí, y en mi estado actual no creía posible poder escapar de ellos.

—Pero, ¿y mis recuerdos? ¿Y la fiesta? ¿Y el viaje? ¿Cómo llegué hasta aquí?

—Oh, se encuentra usted confundido —dijo el doctor González, sonriendo—. No se preocupe. Es producto de su medicación. Es una reacción normal al exceso de benzodiacepinas. Desde luego, la presencia de un agente externo en su organismo también es un factor relevante. En cualquier caso, amigo mío, piense que la mitad de sus recuerdos son reales, y la otra mitad implantados por nosotros con la sana idea de ayudarle a recordar su identidad.

—¿Dónde has ocultado la jodida cámara? —siseó Livia, y de nuevo Germán le reprobó que hablara con un gesto.

La cámara. Julio —no, yo mismo— levantando la trampilla, colocando en una bolsa impermeable las imágenes captadas, los documentos, la cámara. El cuerpo de la mujer tendido junto a él, con el cráneo fracturado. No sabíamos si aquello estaba muerto. Ni siquiera sabíamos lo que era. Nuestra única preocupación era ocultar las pruebas, salir de allí. Pero las llamas habían alcanzado ya las escaleras, y la puerta del sótano parecía muy lejana. Julio me gritó algo, pero no pude entenderle. ¿Dónde estaba el cuerpo? ¿Dónde estaba mi ayudante? El humo me ahogaba, me sentía mareado y era presa de arcadas. Y entre las sombras, pude ver el rostro aterrado de Julio, y sus gestos desesperados apremiándome, indicándome el camino de salida.

Las puertas del ascensor se cerraron de golpe, sacándome de mi ensoñación. Germán y Livia se volvieron, sorprendidos, y

durante unos instantes apartaron su atención de mí. Supe que aquella sería mi única oportunidad. Lanzando un grito me abalancé sobre Livia, cayendo ambos al suelo. Antes de que el doctor pudiera reaccionar, me levanté y corrí hacia las escaleras. Sentí que mis zapatos pisaban a la doctora Andrea y escuché sus gemidos de dolor, pero no me detuve. Por nada del mundo hubiera parado de correr. Alcancé las escaleras y comencé a bajar por ellas de dos en dos, de tres en tres. Tropecé y caí, sintiendo como el tobillo derecho se me doblaba de una forma dolorosa.

—¡Andrés! —rugió la voz de Germán, que ya comenzaba a bajar por las escaleras— ¡Está bajando por las escaleras!

Me levanté de nuevo, el corazón latiendo tan fuerte que creí que sufriría un infarto. Al apoyar el pie derecho en el escalón una ráfaga de dolor recorrió mi pantorrilla. Lágrimas afloraron a mis ojos, pero no me detuve. Llegué al descansillo del primer piso, pero allí no había nadie. Miré hacia atrás y vi la sombra de Germán González proyectada contra la pared, persiguiéndome, apenas a unos metros de mí. De la mancha que representaba su cabeza surgían miríadas de serpientes, como si aquel hombre fuera una más de las terribles Gorgonas.

—No vas a cogerme, hijo de la gran puta —mascullé, descendiendo los escalones como si me deslizara sobre ellos.

Al llegar a la planta baja me estaban esperando. El doctor Beltrán y el doctor Valero sonrieron, mostrándome una dentadura doble, similar a la de los tiburones, que se deshacía y volvía formarse ante mí. Abrieron sus brazos, como dos amigos que esperan en la estación de tren a un tercero que desciende del vagón. La inercia de mi carrera no me permitía detenerme ni pensar. Me dejé llevar por el pánico y actué de forma acorde a la situación. Gritando, lancé el teléfono móvil contra el rostro del doctor Valero, que retrocedió al recibir el impacto. Una enfermera —su rostro convertido en una deformidad monstruosa de múltiples bocas de las que manaban delgadas fibras— intentó cogerme por mi brazo derecho. El doctor Beltrán me golpeó en el rostro con el codo.

—¡Cogedle! —aulló el doctor González, todavía en las escaleras— ¡Pero no le hagáis daño! ¡Necesitamos esa cámara!

Sangrando por la nariz, le devolví el golpe a Manuel Beltrán. El doctor Valero, con una brecha en la frente de la que manaba un líquido blanco y ambarino, caminó tambaleante hacia mí mientras

Beltrán se derrumbaba como un pelele. Busqué una salida, desesperado, pero pronto comprendí que rodeado de tantas de aquellas cosas nunca conseguiría llegar a la puerta principal. Entonces advertí que, junto a las escaleras, se abría la puerta del sótano. Aquello podría significar mi última oportunidad. Avancé hacia la puerta con la enfermera asida a mi brazo. Germán González ya había llegado a la recepción y caminaba hacia mí con una mirada malévola. Golpeé repetidas veces a la enfermera hasta que me liberó y me lancé al sótano.

—¡No le dejéis entrar allí! —bramó el doctor González, pero ya era demasiado tarde.

Cerré la puerta y coloqué un pasador que encontré junto a ella para impedir que pudieran abrirla. Desfallecido, me senté en el primer escalón de las escaleras de madera que descendían hasta el sótano. En el exterior, un instante después, comenzaron los golpes y los gritos.

11

DENTRO ESTABA OSCURO. Busqué a tientas el interruptor de la luz por las paredes hasta encontrarlo. Una bombilla de baja potencia iluminó precariamente el sótano. Desde lo alto de las escaleras pude ver que, al menos, en aquello no me habían mentido. Las cajas se amontonaban por doquier, formando caprichosas construcciones, como si un arquitecto experimental hubiera querido improvisar una muralla alrededor de un castillo. Muchas de ellas estaban volcadas o abiertas, revelando su interior: pilas de papel, periódicos, cuberterías, montones de libros, ropa de todo tipo, discos, casetes... Objetos de todas clases que podrían haber pertenecido a decenas de personas o a una empresa de promociones para jubilados. En el centro del cuarto destacaban dos grandes bidones de gasolina junto a un generador auxiliar de electricidad.

Descendí las escaleras con cuidado, sin prestar atención a los golpes que daban mis perseguidores en la puerta. No tardarían demasiado en derribarla, pensé con cierta inquietud. Debería buscar entre todo aquel mare mágnum de objetos algo que me pudiera servir para enfrentarme a ellos. Caminé por el irregular suelo del sótano, una mezcla de tierra húmeda y removida y trozos de papel desperdigados, hasta el generador. Las paredes que habían permanecido ocultas desde mi posición en las escaleras exhibían diversos utensilios colgados de paneles de madera. Palas de diferentes tamaños, algunos picos, espátulas, un hacha, incluso unas tijeras de podar. Junto a uno de los paneles habían colocado una mesa. Sobre ella descansaban dos cajas de herramientas, repletas de destornilladores, martillos, clavos y tornillos. Varias de aquellas herramientas podrían utilizarse como arma en caso de necesidad. En el aire se respiraba una mezcla dulzona de gasolina y humedad, una atmósfera malsana que me provocaba arcadas cada vez que abría la boca.

—¡Andrés! —gritó una voz inidentificable a través de la puerta.

Los golpes habían cesado, por lo que supuse que debían estar

elaborando un plan más sofisticado para derribar la puerta. El tiempo se me acababa: no tardarían en entrar a por mí. Advertí que todavía me sangraba la nariz cuando una gota de sangre cayó al suelo. Busqué en mis bolsillos un pañuelo, pero lo único que encontré fue la caja de aspirinas y un encendedor. Lancé la caja de aspirinas contra la pared al tiempo que emitía un gruñido de desesperación, y sostuve el mechero entre las manos como si de una piedra preciosa se tratara. Probé un par de veces hasta que una llama azulada y vacilante apareció ante mi rostro. Una sonrisa bobalicona se dibujó en mi rostro. No le quedaba mucho gas, pero albergaba en mi interior la esperanza de que fuera suficiente.

—Vamos a entrar a por usted, Andrés. Y nos dirá lo que queremos saber. No nos queda mucho tiempo, a ninguno de nosotros —dijo la voz, casi con toda probabilidad la de Germán González.

De pronto la luz se apagó. Debían de haberla cortado. Di un paso y tropecé contra la mesa, derribando una de las cajas de herramientas, o al menos eso pensé por el ruido provocado. El tobillo me lanzó un aviso de dolor, un relámpago que provocó que comenzara a sudar. Con las manos extendidas frente a mí caminé en la dirección en la que creía que debía estar el generador de electricidad. Pensé en utilizar el encendedor para ver el camino, pero no quería agotarlo, así que lo guardé de nuevo en el bolsillo. Di dos pasos más, sumido en la más completa oscuridad, y me detuve. En una de las paredes, la que debía dar al patio, descubrí un fino hilo de luz que se filtraba a través de un ventanuco. Apenas era visible desde mi posición ya que aparentemente habían pintado los cristales de negro, aunque por los resultados de forma bastante chapucera. Si arrastraba la mesa hasta allí quizá podría alcanzarlo e intentar salir. No podía calcular su tamaño ya que la oscuridad difuminaba sus contornos, pero no se me ocurría otra manera de escapar de la trampa en la que me encontraba atrapado. Aquello debía funcionar, o no saldría con vida de allí.

Un fuerte golpe en la puerta llamó mi atención. En esta ocasión no se trataba del martilleo descompasado de antes, provocados con casi absoluta seguridad por los puños de aquellas criaturas. No, debían estar utilizando algo como ariete. El golpe había sido seco y brutal. Permanecí en silencio, inmóvil, expectante, hasta que un minuto después el impacto se repitió. La puerta crujió en respuesta. No aguantaría muchos envites más

como aquel. Decidí jugármelo todo a una carta e intentarlo por aquella ventana cercana al techo del sótano. Me volví hacia la mesa y tropecé con algo grande y redondeado. Aterrado, sentí como el objeto con el que había chocado resbalaba sobre la tierra y caía al suelo, arrastrándome con él. Me golpeé la cadera contra algo, intenté detener la caída con una mano y sentí como se me fracturaban los dedos al ser aplastados por el bidón de gasolina. El líquido salió a borbotones, derramándose sobre el suelo, las cajas y mi propio cuerpo. Grité de dolor y me puse en pie. Los dedos de la mano izquierda comenzaban a hincharse y a doler.

—Maldición, maldición, maldición...—murmuré, empapado de sudor y gasolina.

El olor del combustible era mareante. Ignorando el dolor de mi pierna y de mi mano me obligué a caminar hasta la mesa. Tiré de ella hacia la pared contraria, avanzando de espaldas al tiempo que tanteaba el aire con mi mano herida. Las patas de la mesa se enganchaban en la tierra y en diversos objetos repartidos por el suelo que me resultaba imposible identificar, pero poco a poco se desplazaba hacia mi objetivo. La otra caja de herramientas se mantenía sobre ella, como si yo estuviera realizando algún truco absurdo de equilibrismo. Un nuevo golpe castigó la puerta, y parte de la hoja se hundió con el impacto, permitiendo que un débil resquicio de luz se filtrara hasta el sótano.

—¡Encended la luz! —gritó una voz, y la bombilla volvió a brillar.

Me encontraba apenas a unos centímetros de la pared de la pequeña ventana. Ahora pude apreciar que, con esfuerzo, podría salir por ella. Tendría que romperla y tener cuidado con los cristales, aunque en mi estado actual una nueva herida tampoco se notaría mucho. Me despojé de la camisa y la enrollé alrededor de mi antebrazo izquierdo. Tiré de la mesa hacia mí sin dejar de mirar la puerta resquebrajada. Varias manos se introdujeron en el interior a través de la herida practicada en la hoja, intentando retirar el pasador de madera. Poco a poco el pasador se deslizaba hacia arriba, inclinándose. Quizá lo consiguieran, quizá no. En cualquier caso un nuevo golpe derribaría la puerta y podrían entrar en mi busca. Intenté arrastras de nuevo de la mesa hacia mí, pero una de las patas parecía atrapada en la tierra del sótano.

—Maldita hija de la gran puta, maldita...—gruñí, agachándome para comprobar qué la retenía.

Se había hundido casi un palmo en el suelo, volcando la caja de las herramientas que aún permanecía sobre ella. Sobre la superficie se desparramaban tornillos, llaves inglesas y cientos de pequeñas cosas más. Cuando intenté levantarla a pulso con ambas manos, olvidándome de la lesión que había sufrido en mi mano izquierda, un profundo latigazo de dolor me recorrió el brazo. Chorros de sudor me empapaban el pelo y el cuello. Escarbé en la tierra para ver qué era lo que la mantenía atrapada, y al encontrar la respuesta a mi pregunta ahogué un grito. La pata de la mesa se había enganchado entre los dedos de una mano humana. Allí habían enterrado un cadáver. Jadeando, tiré con todas mis fuerzas de la mesa hasta conseguir liberarla. Mientras tanto, aquellos seres con apariencia humana habían conseguido liberar el pasador y ya nada les impedía entrar. Otro tirón más y apoyé la mesa contra la pared. ¿Cuántos cadáveres habrían enterrado allí abajo? Toda la tierra removida, todos aquellos objetos personales. Me subí a la mesa con dificultad mientras el doctor Valero abría la puerta y entraba el primero en el sótano.

—¿Dónde cree que va, estúpido? —me espetó, señalándome con un dedo, mientras descendía los escalones seguido por Germán González.

De pie sobre la mesa, envolví mi mano izquierda en la camisa empapada de gasolina y golpeé el cristal de la ventana con fuerza, rompiéndolo en diminutos fragmentos que cayeron sobre mi cuerpo. Sentí como varias esquirlas se clavaban en mis brazos desnudos y no pude reprimir un gemido de dolor por mis dedos rotos.

—¡Deténgase! —aulló el doctor Beltrán desde las escaleras.

Sebastián Valero corrió hacia mí, resbaló y cayó sobre el charco de gasolina de forma ridícula. Aquello me paralizó durante unos instantes. Sentía deseos de reír y llorar al mismo tiempo. A mi mente acudieron las llamas, el fuego que se deslizaba por otro lugar similar a éste, lamiendo las paredes, el suelo, las fotografías. Lamiendo los recuerdos, lamiendo mi cuerpo. Una sonrisa se formó en mi rostro, una sonrisa que se convirtió en una carcajada de alucinado. Todos me miraron cuando extraje el encendedor del bolsillo de mi pantalón. Sentía un dolor palpitante en todo el cuerpo, la cabeza me ardía y las arcadas acudían a mi estómago cada vez que respiraba. La llama del mechero, vacilante al principio, ardió entre mis manos. Germán caminó hacia mí, el

rostro transfigurado en una máscara diabólica. Horribles zarcillos surgían de su boca y se introducían a través de sus ojos sin pupila bañados en sangre. Acerqué la llama a mi camisa, que prendió con facilidad. Julio descendía por las escaleras, convertido ya por completo en uno de ellos. Alcé la camisa sobre mi cabeza, notando el calor en mis dedos. Ellos se detuvieron, mirando a su alrededor. Entonces lancé la camisa al suelo del sótano y me volví hacia el ventanuco sin dejar de reír en ningún momento.

—Oh, no... —dijo Germán, y después se desató el infierno.

Una cacofonía de aullidos inhumanos me rodeó mientras las llamas crecían y devoraban todo a su paso. Sin volver la vista atrás, ignorando el dolor que sentía, subí a pulso hasta la ventana y comencé a deslizarme al exterior. Los restos de cristales que no había tenido tiempo de limpiar se clavaban en mi torso desnudo, provocándome pequeñas heridas. Sin embargo, apenas era consciente de ello. Un calor infernal acarició mi pierna derecha y sentí algo sujetándome el tobillo, quizá una mano. Pateé con fuerza, desesperado, mientras continuaba mi huida del sótano. Algo crujió bajo mis pies, una llamarada de calor envolvió mi pie derecho. Grité mientras mis manos se clavaban en la hierba del exterior y tiraba de mi cuerpo con las pocas fuerzas que me quedaban en los brazos. De pronto me vi lanzado por los aires y caí sobre uno de los arbustos que lindaban con el sendero de tierra, amortiguando mi caída. Tardé unos instantes en comprender que las llamas habían provocado una explosión en el sótano, quizá al alcanzar el generador de electricidad o el otro bidón de gasolina. Estaba sangrando por cientos de pequeñas heridas, provocadas por los cristales de la ventana rota. Aunque el dolor de mi tobillo había desaparecido casi por completo y las punzadas de los dedos de mi mano izquierda estaban mitigando, lo único que deseaba en aquel momento era quedarme allí tumbado y esperar a la muerte. Cerré los ojos, escuchando el crepitar de las llamas algunos metros más allá.

El rostro de Diana, sonriendo. Me agarré a aquella imagen mientras mis sentidos registraban el crepitar de las llamas devorando el edificio como algo ajeno a la realidad. Diana, sonriendo, acercándose hasta mí con los brazos abiertos. Despedía una sensación de paz y tranquilidad, de amor embriagador que reparaba todo el dolor que en aquel momento sentía. Diana, extendiendo sus brazos, ampliando su sonrisa, tan cerca que podía

oler su perfume de rosas.

—¡Maldito desgraciado! ¡Los has matado!

Sentí unas manos ardientes sobre mi cuello, estrangulándome. Abrí los ojos y me encontré con el rostro desfigurado de Livia, mordido por el fuego. Las llamas habían devorado parcialmente su lado izquierdo, hundiendo la carne y dejando ver bajo ella unos extraños pseudópodos que se agitaban como látigos. Despedía un olor nauseabundo, procedente del denso líquido ambarino que rezumaba por sus heridas y empapaba su cuerpo. Mientras yo me debatía, luchando por mi vida, los inhumanos dedos de lo que en otro tiempo había sido la doctora Andrea aumentaron su presión sobre mi tráquea.

—¡Maldito! ¡Maldito! —aulló ella, hundiendo sus afiladas uñas en mi carne.

Intenté separarme de aquel abrazo mortal, pero apenas tenía fuerzas y no me veía capaz de romper aquella tenaza de acero. Sentía como los pulmones me ardían, como los ojos querían salirse de mis órbitas. Al borde del desmayo, consciente de que si no tomaba una decisión moriría, introduje mis manos en las heridas de la cara de la mujer. Los pseudópodos, suaves y resbaladizos, se agitaron bajo mis dedos cuando intenté atraparlos y arrancarlos. La presión sobre mi garganta desapareció y Livia retrocedió un paso, aullando y llevándose las manos al rostro. Tosiendo, sintiendo como mi cuello ardía y respirando con dificultad, me puse en pie, tambaleándome.

Las llamas devoraban el hospital. El incendio se había extendido desde el sótano hasta la planta baja, y trepaba por los pisos inundándolo todo de calor y humo. Pronto saltaría a los árboles del jardín si antes alguien o algo no lo impedía y consumiría el bosque si los muros no lo contenían. Yo no tenía tiempo para lamentaciones. La doctora Andrea, de rodillas en el suelo, se cubría el rostro con las manos y gemía. Ya no parecía representar una amenaza. Junto al edificio habían levantado un pequeño garaje. Las llamas todavía no lo habían alcanzado, y desde el lugar en el que me encontraba podía ver el coche en el que presuntamente había venido. Por supuesto no llevaba las llaves encima, hubiera resultado demasiado fácil. Confiando en un milagro cojeé hacia allá, dejando aquella cosa encerrada en un cuerpo de mujer con su dolor.

En el garaje me esperaba Luciano. Cientos de diminutos

zarcillos que salían de su boca se extendían sobre su torso desnudo, agitándose, clavándose en su cuerpo y hundiéndose bajo la piel. Sus ojos negros, sin pupila, seguían mis movimientos. Llevaba un hacha en la mano derecha, arrastrando la hoja por el suelo. Al parecer algo le había interrumpido justo cuando pensaba proceder a destrozar el vehículo. Me detuve frente a aquel hombre y busqué con la mirada al chico que siempre le acompañaba, por si me habían preparado una emboscada, pero no se encontraba allí.

—¡Luciano! Apártate del coche si no quieres hacerte daño —le increpé de forma absurda.

No pareció haber escuchado mis palabras. De hecho, cuando avancé hacia el coche no realizó ningún intento por detenerme. Parecía perdido, desconectado de la realidad. Abrí la portezuela del coche y me senté en el asiento del conductor. Ni siquiera estaba cerrado. Finos hilillos de sangre empapaban mi pecho desnudo. Al menos mi nariz ya no sangraba, y era muy probable que pudiera conducir aún con la esguince de tobillo y los dedos rotos. Sólo necesitaba las llaves, y éstas estaban en el contacto. No podía creerlo. Comencé a reír como un niño, notando el sabor de las lágrimas que resbalaban por mi rostro. Entonces me vi reflejado en el espejo retrovisor, y sentí un escalofrío. La mancha se había extendido, cubriendo la mayor parte de mi cara, devorando el color natural de mi piel y tornándolo en aquel mórbido tono morado. Sin embargo, lo que me provocó mayor sensación de desesperación fue descubrir mi expresión de locura en el reflejo, la imagen de un hombre destruido y sin esperanza.

Arranqué el coche. Luciano ni siquiera había parpadeado, aunque sus ojos seguían fijos en mí. No iba a concederle ninguna oportunidad, le atropellaría si era necesario. Di marcha atrás. Conduje el vehículo a su lado, pero no se inmutó. Después, enfilé por el camino de tierra y aceleré. El candado y la cadena saltaron por los aires con la violencia del impacto mientras la verja se hundía bajo las ruedas, y aceleré aun más perdiéndome entre los oscuros árboles del bosque colindante.

12

SENTADO EN EL ASIENTO DEL CONDUCTOR, intenté controlar el temblor de mis manos apoyándolas sobre el volante. Había conducido durante más de cuatro horas, internándome por caminos y senderos que se perdían en el bosque y terminaban en otros caminos o en retorcidas carreteras regionales. Al fin un desvío me había llevado hasta la autopista, por la que circulaba un puñado de coches que me transmitieron la impresión de que todo a mi alrededor volvía lentamente a la normalidad. Sabía a dónde me dirigía, y mientras los kilómetros quedaban atrás y la oscuridad de la noche resbalaba por mi parabrisas una sola idea bullía en mi cerebro: recuperar la cámara.

Los recuerdos me habían asaltado de pronto, indicándome el camino preciso que debía seguir para volver al lugar en el que toda aquella pesadilla había comenzado. Al principio había dudado, temiendo que fueran falsos recuerdos implantados en mi memoria con ayuda de drogas e hipnosis. Después pensé que podría tratarse de algo más terrible aún: algo había cambiado en mi interior, algo que me permitía acceder de nuevo a las regiones de mi mente que me habían sido vedadas. Sin embargo, tuve que desechar todas aquellas elucubraciones, pues ¿a qué otro sitio podría haberme dirigido? Necesitaba encontrar las respuestas a todas las preguntas que bullían en mi cabeza, y allí debían estar esperándome.

Me dolía todo el cuerpo, y la extraña sensación de hipersensibilidad no había desaparecido. Sentía cada pequeña rugosidad del volante en la palma de mis manos, y mi tobillo hinchado palpitaba con cada pisada al pedal de freno. Dos dedos de mi mano izquierda, el índice y el corazón, presentaban un aspecto horrible, hinchados y amoratados, aunque el dolor había remitido en parte. Los había vendado como había podido, con un trozo de cartón y un trapo que había encontrado en la guantera mientras buscaba un arma que no había encontrado, para evitar doblarlos o golpearme con algo. El meñique y el anular no parecían mal, aunque en un primer momento había creído que

tenía todos los dedos rotos.

La luz de una farola cercana parpadeó. Una mujer mayor caminaba por la acera paseando a su perro. El frío de la noche le obligaba a subirse el cuello del abrigo y a llevar guantes. El perro, un hermoso *collie*, correteaba pocos metros por delante de ella, libre de la correa. Pasaron a su lado sin advertir mi presencia en el interior del coche. Di gracias por ello, ya que mi aspecto le hubiera alarmado sin lugar a dudas. Desnudo de cintura para arriba, cubierto de sangre y barro, las cicatrices que habían dejado las quemaduras en mi cuerpo resultaban visibles incluso para mí, perdido en un mundo de imágenes falsas y alucinaciones. Era como si poco a poco hubiera comenzado a poder ver todas las cosas que antes me pasaban desapercibidas. Además, la mancha amoratada que cubría la mitad de mi rostro como una marca de nacimiento había crecido durante las últimas horas, y comenzaba a comprender lo que significaba. Ignoraba cuánto tiempo me quedaba antes del cambio. Días, quizá horas. En cualquier caso, volvería al lugar en el que todo había comenzado y recuperaría la cámara. Y con ella —al menos eso esperaba—completaría aquel rompecabezas que atentaba contra la estabilidad de mi cordura.

Desde donde me encontraba podía ver el chalet, o lo que quedaba del maltrecho edificio. El fuego que se había desatado años atrás había consumido casi por completo la planta baja, provocando el hundimiento del primer piso y de la buhardilla. Las llamas también habían afectado al chalet colindante, que aunque permanecía en pie mostraba señales de abandono. Ya había anochecido, y era el único de toda la calle que no tenía ninguna luz encendida. Mi vieja casa, derruida por completo, no había sido restaurada, y presentaba un aspecto desolador a la luz de las farolas más cercanas. Los escombros se amontonaban junto a bolsas de basura. Una de las paredes, que milagrosamente no había sido derribada, aparecía repleta de grafitis y pintadas que se perdían en las sombras. Sabía que los recuerdos me asaltarían en cuanto pusiera un pie allí, en cuanto encontrara la entrada al sótano, si aún permanecía accesible.

Abrí la portezuela del coche, sintiendo el aire frío en mi torso desnudo. Caminé hacia el chalet derruido llevando en mi mano la linterna que había encontrado en la guantera del coche y mirando a un lado y otro de la calle. No quería que nadie me descubriera, me sentía como un merodeador que se dispone a robar en la casa

de una anciana pareja adinerada. Mi cuerpo despedía un profundo olor a gasolina, mezclado con sudor y sangre. Podía imaginarme a todas aquellas personas en sus casas oliéndome mientras avanzaba hacia la pila de escombros que había sido mi hogar. No debía ser un espectáculo agradable coincidir conmigo en aquel momento. Avancé sobre unas bolsas de basura abiertas, procurando no caer. Restos de una brillante cinta amarilla con la que policía había acordonado el lugar hacía años asomaban bajo trozos de muro y restos de comida. Di un par de pasos sobre los escombros, buscando la trampilla que conducía al sótano. Me resultaba difícil situarme allí, perdido entre montañas de deshechos. ¿Dónde estaba el salón? ¿Dónde la cocina? A lo lejos sonó el claxon de un coche repetidas veces. Si prestaba atención, podía oír el rumor de los televisores de las viviendas más cercanas. Me agaché junto a un trozo de parqué que permanecía allí como una isla incongruente en un mar de destrucción. Busqué con la vista otro punto de referencia, y de pronto tuve la certeza de saber dónde se encontraba la entrada al sótano. Me acerqué hasta una viga oxidada que se combaba sobre los restos de una pared. Con esfuerzo aparté los cascotes y me deslicé bajo la viga. Allí se abría un agujero negro que parecía conducir al infierno. El paso apenas estaba bloqueado, señal de que la policía había investigado aquel lugar en su momento. Pensé que era muy probable que en la actualidad sirviera como refugio contra el frío nocturno para los vagabundos e indigentes, y preparado para lo peor comencé el descenso.

En el interior el olor era insoportable. Tuve que cubrirme el rostro con mi mano herida mientras iluminaba el camino con la linterna. Las escaleras estaban resbaladizas, húmedas. Aquel detalle me resultaba muy curioso, ya que de hecho yo mismo había incendiado el sótano. ¿O lo había hecho otra persona? Los recuerdos seguían fraccionados, incomprensibles en su mayoría. Veía rostros envueltos en llamas, oía gritos. El rostro demudado de mi mujer, mirándome en silencio. Descendí los escalones de piedra hasta el sótano y recorrí con la linterna el lugar. Paredes y suelo aparecían cubiertas de una costra negra que se deshacía entre mis dedos. La basura se acumulaba por todas partes, junto a restos de lo que debió ser mi laboratorio. Junto a una de las paredes descubrí la falsa caldera. Forjada en hierro, nunca había sido utilizada, y permanecía allí abajo más como un elemento

decorativo que otra cosa. En la casa disponíamos de calefacción por gas y calentadores eléctricos. Aquella caldera nos había servido a Julio y a mí para ocultar nuestro material más preciado. Caminé hasta ella y me acuclillé frente a la portezuela. Al parecer nadie había imaginado que bajo aquel armatoste podríamos haber ocultado la cámara.

No resultó fácil abrir el pequeño escondite que habíamos practicado bajo aquella mole de hierro. El fuego había llegado hasta allí, fundiendo la diminuta argolla que empleábamos como cerradura. Tuve que golpearla varias veces con la linterna hasta conseguir partirla. Las ráfagas de luz provocadas por los golpes crearon sombras animadas en las paredes, que resbalaban por ellas y silbaban en mis oídos. Me detuve en dos ocasiones, prestando atención a los ruidos que se filtraban hasta el sótano. Me pareció descubrir risas infantiles mezcladas con el rumor de cientos de diminutas patas arrastrándose por el piso. Enfoqué con la linterna buscando el origen de aquellos ruidos, pero no encontré más que restos de basura y marcas del incendio.

Abrí la trampilla y, deslizándome bajo la caldera, extraje de su escondrijo un objeto pesado y un puñado de cartulinas y papeles, doblados y consumidos por el calor de las llamas. Lo dejé caer entre mis piernas cruzadas y, sentado en el suelo, enfoqué con la linterna aquello que tanto dolor me había causado: la cámara. A primera vista su apariencia no distaba mucho de una máquina de fotos de revelado instantáneo. Si prestabas más atención advertías que era algo más voluminosa, con un objetivo modificado y un filtro de color muy peculiar. Además, carecía de flash y de cualquier tipo de indicador informativo convencional. Aunque yo sabía que los cambios más profundos se encontraban en el interior del aparato. Dejé a un lado la cámara y revolví el legajo de papeles, intentando evitar que se deshicieran entre mis dedos. Entre ellos encontré un puñado de notas escritas a mano, varios diagramas de diseño con anotaciones en los márgenes, un cuaderno que al abrirlo resultó ser un diario del experimento y tres fotografías. Sostuve en mis manos la primera de ellas sintiendo como se revolvía mi estómago. Diana aparecía en ella. Sentada en una silla de plástico, sonreía a la cámara con cierto aire provocativo. Aunque la imagen había sido tomada en blanco y negro, las fibras de casi treinta centímetros que sobresalían entre sus dientes y tanteaban el aire destacaban con nitidez sobre su

rostro. Una de sus pupilas había desaparecido, sumergida en una solución turbia que resbalaba por su mejilla. La siguiente imagen había sido tomada apenas unos minutos después. Recordaba con claridad el momento. La cámara polaroid había devuelto ya la primera fotografía, pero todavía era una mancha borrosa de grises y negros. Diana había sonreído a Julio, que esperaba los resultados del experimento unos metros alejado de ella, para no salir en la toma. Realicé la segunda fotografía mientras ambos se lanzaban un beso como dos chiquillos enamorados. Llevaban apenas dos meses casados, y su matrimonio funcionaba muy bien.

—Ella no era mi mujer, por el amor de Dios —silabeé.

Los falsos recuerdos que aquellos seres habían impreso en mi memoria se desvanecían a la luz de mis descubrimientos. Diana nunca había sido mi mujer. De aquello ya podía estar seguro. También tenía la certeza de otro hecho: yo la había matado. Acudieron a mi mente las imágenes de aquella noche. La tercera fotografía, tomada desde otro ángulo mientras ella, obediente, me miraba y a instancia mía pensaba con fuerza en su mirada. La comprobación de los resultados, con el gesto de sorpresa y repulsión que se dibujó en mi cara cuando vi las instantáneas que había tomado. Donde esperaba encontrar trazas del pensamiento consciente del sujeto hallaba lo que en apariencia semejaba ser una extraña criatura poblada de pseudópodos que se alojaba en el cráneo de Diana y sólo era visible bajo cierto espectro de luz. El rostro demacrado de Diana cuando le mostré las fotografías y su inesperada reacción agresiva, casi histérica, abalanzándose sobre mí e intentando estrangularme.

—Dios mío, dios mío —murmuré, dejando caer las fotografías al suelo y cubriendo mi rostro con las manos.

Tardé unos minutos en controlar mis sollozos y recuperar el aplomo. Después tomé la cámara y las fotografías entre mis manos y me dispuse a abandonar aquel lugar. Los recuerdos me asaltaban, provocándome un dolor en el corazón que me hacía olvidar los huesos rotos y las heridas que sangraban. Golpeé a Diana hasta que dejó de moverse, tendida allí en el suelo como un fardo. Julio aullaba de dolor, incapaz como yo de comprender lo que había sucedido. Mientras se abrazaba a su cadáver yo, consciente de que deberíamos entregarnos a la policía, oculté la cámara y las fotografías en nuestra caja fuerte particular, bajo la caldera.

Sobrestimé la capacidad de entereza de Julio.

Me golpeó en la nuca con un objeto contundente, y las brumas de la inconsciencia se apoderaron de mí. Después debió salir de allí con el cuerpo de Diana, y volver para provocar el incendio que a punto estuvo de acabar con mi vida. Recuerdo su rostro entre brumas de humo y llamas, mirándome con desprecio, increpándome por un crimen que nunca debiera haber ocurrido. ¿Qué hizo a continuación aquel hombre? ¿Enterrar el cuerpo de su esposa muerta y ocultarse a la policía? ¿Cómo terminó en manos de aquellos seres? Lo ignoro. Nuestro posterior encuentro en el hospital sólo me había aclarado una cosa: él ya era uno de ellos, y yo me encontraba allí con un único propósito: recuperar mi memoria perdida tras el incendio. Debí despertar de mi inconsciencia cuando las llamas ya devoraban el lugar, y no recuerdo cómo pude sobrevivir a aquel infierno. ¿Quién evitó que muriese consumido por el fuego? ¿Volvió Julio a por mí? Cabeceé, abatido. Ya no tenía importancia, nada podría cambiar lo que había sucedido.

Subí por las escaleras iluminando el camino con la luz de la linterna. En el fondo de mi cabeza notaba la presencia de aquello en mi interior. Me dije a mí mismo que debía suicidarme, acabar con mi vida para no permitir que aquel parásito se apoderara de mi cuerpo. Pero dos terribles sentimientos me nublaban la cordura. El miedo incontrolable a la muerte y una curiosidad morbosa por saber cómo acabaría todo aquello.

13

EDUARDO BERMÚDEZ ME ESPERABA JUNTO AL COCHE, apoyado contra la portezuela del conductor. Sonreía, y alrededor de su sonrisa florecían finas hebras que resbalaban por su garganta hasta perderse más allá del cuello de su camisa.

—Supuse que volverías aquí, Andrés —me dijo sin apenas mover los labios—. Nos gustaría que nos entregaras la cámara.

Caminé hasta quedar a su lado. Los zarcillos se excitaron e intentaron acariciar mi rostro, pero volvieron a su posición original cuando agité la mano herida intentando apartarlos.

—¿Qué sois? —pregunté, temblando de frío más que otra cosa.

Eduardo buscó en su bolsillo un paquete de cigarrillos y me ofreció uno. Lo rechacé con un ademán mientras él encendía el suyo y le daba una larga calada.

—¿Importa eso? —respondió aquella cosa que había sido el doctor Bermúdez ampliando su sonrisa mientras expulsaba el humo del cigarro—. Habéis resultado ser una especie con un alto sentido de la curiosidad. Sorprendente, la verdad. Pero no todas las preguntas obtienen la respuesta que esperan, Andrés. ¿Qué somos? O mejor, ¿quiénes somos? No podría explicártelo en términos sencillos para que lo comprendieras. Pero llevamos mucho tiempo aquí, viviendo entre vosotros. Y aunque no somos muchos, estamos repartidos por todo vuestro mundo. Eso debería bastarte.

Extendió su mano, invitándome a que le cediera la cámara. Quise gritar, decirle que se alejara de mí. Golpearle en el rostro, arrancar de su interior aquella cosa que se agitaba y se movía. La luz de la farola se deslizaba sobre mi coche, dándole una apariencia fantasmal acorde con la criatura en la que se había transformado Eduardo Bermúdez. Abrí la boca para decirle todo lo que pensaba, la cerré de nuevo. Bajé la mirada, sintiendo de nuevo las lágrimas en el rostro.

—Vamos, Andrés. No irás a llorar ahora. Ya nada tiene remedio. Dentro de unos días comprenderás mejor nuestras

motivaciones, nuestras decisiones. Verás como la convivencia es posible entre nuestras especies. Lo único que necesitamos ahora es esa cámara, porque sería peligroso que este descubrimiento llegase a otras manos. Hay sospechas, rumores que debemos acallar. Eso evitará nuevas e innecesarias muertes.

—¿Muertes? ¿Muertes dices? ¿Y no es preferible estar muerto antes de convertirme en… en… uno de vosotros? —le grité entre sollozos.

Eduardo no respondió. Se limitó a quedarse allí, de pie, esperando, dejando que aquella obscenidad que podía ver en su cráneo extendiera sus pseudópodos por su rostro. Se quedó allí, inmóvil, hasta que me acerqué y deposité en sus manos la cámara y las fotografías. Después, sin decir palabra, se volvió y se marchó calle arriba.

—¿Y Julio Gómez? ¿Y la doctora Andrea? ¿Y los ocupantes del hospital? —le increpé.

Eduardo se detuvo. Sostenía en su mano el cigarrillo, y antes de responderme dio otra calada. Aquel gesto teatral no hacía más que remarcar a mis ojos su falta de humanidad. Me transmitía la impresión de estar representando un papel, de estar actuando como si se tratara del malo de una película de cine negro.

—¿El hospital? ¿Qué ha ocurrido en el hospital, Andrés? —dijo, volviendo el rostro y mirándome.

Los zarcillos se agitaban en el aire, se introducían en sus ojos y en su boca.

—¿Qué ha ocurrido en el hospital, Andrés? —preguntó Eduardo.

No supe qué responder. ¿Sabía el doctor Bermúdez lo que había ocurrido, y simplemente se burlaba de mí? ¿Estaban ellos de alguna forma comunicados entre sí? Preferí mantenerme en silencio, no responder a su pregunta. Eduardo sonrió, dejó caer el cigarro al suelo y continuó su camino, sin volver la mirada atrás ni una sola vez, dejándome abandonado frente a la que había sido mi casa. No intenté perseguirle, ¿para qué? ¿Qué hubiera conseguido con ello? ¿Matarle? ¿Y después? ¿Cuántos de ellos habría repartidos por el mundo? No podía fiarme de nadie. De nadie en absoluto.

Unos pasos furtivos me alertaron, y al volverme me encontré con la anciana que había visto al llegar. Sostenía con firmeza la correa de su perro, que me observaba con curiosidad mal

reprimida, abriendo la boca y mostrando su lengua mientras jadeaba. Pensé que aquella mujer gritaría al verme, que llamaría a la policía con desesperación al encontrarse con un hombre con el torso desnudo en mitad de la calle, cubierto de sangre y suciedad. No hizo nada de aquello. Simplemente se quedó allí, mirándome, mientras cientos de zarcillos brotaban de su pelo y se introducían por su boca. Retrocedí hasta el coche, temblando. Desde las ventanas de los chalets, varios rostros desdibujados seguían con atención mis movimientos. ¿Cuántos habrían perdido su condición de ser humano? ¿Cuántos de aquellos rostros que me acechaban me reconocían como uno de ellos?

Debía alejarme de allí, evitar todo contacto con los seres humanos. Buscar un lugar donde ocultarme, lejos de las multitudes, donde ellos encontraban su refugio. No, no podía relacionarme con la gente, debía permanecer solo.

Solo.

Pero algo en mi interior, apenas una sensación de extrañeza inesperada, me recordó que ya nunca volvería a estarlo.

EPÍLOGO

Ahora que todo había vuelto a la normalidad, le sorprendía que no hubiera habido un comienzo, una línea que ellos hubieran atravesado entrando en una dimensión indudablemente más siniestra.

RASCACIELOS

J. G. Ballard

14

NUNCA SUPE A CIENCIA CIERTA cuáles de los hechos acaecidos fueron reales, y cuáles no. Hasta hoy todo permanece en una bruma, una niebla espesa que no me permite pensar con claridad. Es como si mi mente temiera ese conocimiento, como si creyera que saberlo todo me conduciría irremediablemente a la locura. He intentado durante este tiempo que ha transcurrido desde que vi por última vez al doctor Bermúdez comprender qué es lo que me ha sucedido, qué es lo que se oculta en mi interior y pugna por salir al exterior. ¿Acaso no me dijo que en breve yo sería uno de ellos? Pero, ¿quiénes son ellos? Y lo más terrible, ¿quién soy yo? O debería preguntar, ¿en qué me he convertido?

Tras aquella noche, tras despedirme de aquella cosa que una vez fue el doctor Eduardo Bermúdez, intenté reconstruir mi existencia a partir del ovillo deshilvanado que era mi memoria. Pugné por recordar cómo había transcurrido mi vida desde el incendio que consumió mi casa hasta mi ingreso en el Hospital para Perturbados Mentales de Salduba, pero resultó por completo inútil. Aterrorizado, incapaz de comprender qué me había sucedido, no supe cómo debía actuar, y me dejé llevar por la inercia que provoca el miedo a lo desconocido.

Aquella noche, cuando Eduardo Bermúdez se marchó, volví al coche y permanecí sentado en su interior durante horas, sin apartar la vista de lo que una vez había sido mi casa, ajeno a las miradas furtivas que me vigilaban desde las ventanas iluminadas. Cuando decidí marcharme de allí había amanecido, y los más madrugadores abandonaban ya de sus casas en dirección a sus trabajos. No quise ver sus rostros, aterrado por lo que podría descubrir en ellos. Sólo quería marcharme, salir de la ciudad, perderme en un laberinto de carreteras y olvidarme de los de mi propia especie.

Conduje sin rumbo fijo durante horas, circulando por amplias avenidas, deteniéndome en los semáforos y mirando a un lado y a otro, con miedo de descubrir que alguno de los otros conductores era uno de ellos. Sin embargo, no vi a ninguno durante todo el

trayecto, a pesar de que recorrí numerosas calles buscándolos, o quizá intentando no encontrarlos. En el estado en el que me encontraba sabía que me resultaría difícil hallar un lugar donde esconderme, por lo que opté por dirigirme a los barrios marginales de la ciudad, donde hasta alguien como yo podría pasar desapercibido. Además me invadía una sensación de conocimiento, algo que me decía que ellos no frecuentarían aquellos lugares, dominados por las drogas y el dolor.

Me equivoqué.

Detuve el coche junto a un grupo de casas bajas, chabolas construidas con cemento y techos de placas de aluminio. Anochecía, y pequeñas fogatas iluminaban las entradas de las viviendas. Supuse que mi aspecto les alertaría, pero no podía pararme a considerar más opciones. Debía encontrar refugio para pasar la noche, o algo de ropa para mitigar la sensación de frío. Además, no tenía dinero ni tarjetas de crédito. Si quería sobrevivir algún día más en la ciudad, necesitaba la ayuda desinteresada de otros seres humanos.

Alertados por las luces del vehículo, dos figuras abandonaron la protección de las casas y caminaron hacia mí. Desdibujados por la oscuridad de la noche, se convirtieron en sombras cuando se alejaron de las fogatas, y no recuperaron su aspecto humano hasta que estuvieron a pocos metros de mí, iluminados por los faros.

—¿Qué coño haces ahí, tío? Esto no es un jodido aparcamiento público, ¿me oyes? —dijo uno de ellos, un hombre corpulento que avanzó hasta que su rostro quedó pegado al mío.

Retrocedí un paso, nervioso, sin dejar de mirarle. Debía asegurarme, no podía equivocarme.

—¿Por qué me miras así, tío? ¿Quieres que te zurre o qué? —dijo el hombre, y antes de comprender qué había ocurrido ya me encontraba en el suelo, sangrando por la nariz.

Intenté incorporarme, pero mi agresor lo impidió colocando una bota sobre mi pecho. Me gritó algunas palabras que no conseguí entender. Toda mi atención se centraba en comprobar que aquel hombre que me golpeaba era en realidad un ser humano, y no uno de ellos. Cuando me alzó en vilo y volvió a golpearme en la boca del estómago, provocando que cayera de rodillas al suelo y comenzara a vomitar, estuve seguro de que se trataba de un ser humano.

—Espere —balbuceé—. Espere, por favor. Necesito ayuda.

—¿Ayuda? Tú estás mal, tío. Lo que necesitas es un loquero —me increpó, golpeándome de nuevo en la cabeza, haciéndome caer de bruces al suelo.

Me quedé allí tumbado, tosiendo, jadeando. El hombre me miraba con desprecio. Yo no pertenecía a aquel lugar, y en nada ayudaba mi actual estado a transmitir confianza. Quise explicarle qué me había ocurrido, por qué me encontraba así en su barrio, pero lo único que podía hacer en aquel momento era toser y esperar a que remitiera el dolor que sentía en el estómago y las costillas.

—¿Has visto a este? —dijo el hombre a su compañero, que se había acercado hasta nuestra posición— ¿De dónde dirías que ha salido?

Su compañero se acercó hasta él. Exhibía en la mano la hoja brillante de una navaja, y no pude menos que lamentar la forma tan absurda en que la muerte se acercaba hasta mí. Había sobrevivido a dos incendios provocados, había luchado contra aquellas criaturas en situación desesperada, y debía perecer a manos de dos rateros de poca monta, quizá dos drogadictos desesperados y violentos.

—Yo creo que éste viene directo del talego, tío. ¿Tú qué crees?

Su compañero jugueteó con la navaja, que lanzaba destellos bajo la iluminación de los faros.

—Yo creo que viene del hospital —dijo, y comprendí que todo estaba perdido.

De forma inesperada, realizó un movimiento rápido y hundió la navaja en el cuello del hombre que me había golpeado. Éste, sorprendido, acertó a gruñir y lanzar un puñetazo al aire mientras la sangre salía a borbotones por su tráquea seccionada. Cayó de rodillas, me miró con expresión vacua, y resbaló hasta el suelo mientras la sangre empapaba su ropa.

—Vamos, levántate —me dijo el hombre de la navaja, tendiéndome una mano de la que brotaban finos hilillos ambarinos.

Rechacé su mano con un aspaviento y gateé en dirección al coche.

—No tienes a dónde ir, amigo, más te vale aceptar mi ayuda

Me volví y le miré. Los zarcillos revoloteaban alrededor de sus ojos y se perdían en la maraña de su pelo. Cuando me hablaba apenas movía los labios, una costumbre que ya había detectado en

varios de ellos. Quizá lo hacían para que no pudiera verles allí, agazapados, enrollados en la tráquea. El cuerpo del otro hombre permanecía tirado en la calle como un fardo, desangrándose. Su mirada vidriosa me provocaba escalofríos.

—Vamos, coge mi mano y deja que te ayude.

¿Qué podía hacer? Tomé su mano y me incorporé. Ya en aquel momento debí comprender que mi mente estaba perturbada. Aceptaba una serie de hechos imposibles con naturalidad, y permitía que ellos me ayudaran a continuar con vida. Sin embargo, no me encontraba en una situación idónea para razonar. Cansado, hambriento y desesperado, dejé que aquel hombre me guiara hasta una casa baja, y allí me dejó, sólo, para que incubara mi maldición.

15

Me cuesta mantener el hilo de mis pensamientos en un sentido determinado. Estos dos últimos días han sido una lucha continua contra lo que me invade desde el interior. Me tiemblan las manos mientras tecleo sobre la máquina de escribir, consciente de que dentro de poco ni siquiera podré hacerlo. He intentado comer en dos ocasiones, pero lo único que he conseguido ha sido vomitar. El olor de la comida me provoca nauseas, pero no comprendo a qué se debe. Si mis recuerdos no me engañan, ellos tenían la capacidad de comer, o al menos recuerdo haberles visto comiendo. Aquellos doctores, ¿cómo se llamaban? Comían, lo recuerdo. Pero yo no puedo hacerlo.

Me tiemblan los dedos al escribir. Fijar la vista en las diminutas teclas, adivinar de qué letra se trata, es ya de por sí un esfuerzo. Apenas recuerdo cómo hacerlo. Y la luz entra por la ventana, y siento demasiado frío para la temperatura que hace en este cuarto. Escribo porque debo hacerlo, debo transcribir toda esta experiencia y finalizarlo todo. Quizá debí escribirlo todo antes, en los anteriores días, todo seguido, de un tirón. Pero tampoco encontraba las palabras, aunque por motivos muy distintos. Ahora ya todo parece muy tarde, y quizá hasta innecesario. Porque, ¿quién leerá esto?

Pienso en Diana, y no recuerdo ni siquiera su rostro. Ni siquiera recuerdo si era mi mujer o no. He tenido varios sueños en los últimos días, sueños que se corresponden con recuerdos de sueños. Intento todavía completar el puzzle, juntar las piezas, antes de perder definitivamente el control. Pero se forman imágenes en mi mente que no puedo hilvanar, y me detallan recuerdos que no se corresponden con las sensaciones que me transmiten. No soy capaz de pensar con claridad.

He comprado un sobre grande y varios sellos. Los he dejado junto al paquete de folios en blanco, dentro de poco los utilizaré. He decidido que debo intentar enviarlo a alguna parte, a algún lugar que ellos no puedan encontrar. Quizá a algún amigo, a algún familiar. Pero no recuerdo a nadie. ¿Tuve un hermano? No estoy

seguro de ello. Quizá deba mandarlo a un apartado de correos cualquiera. Aunque no sé si tiene mucho sentido todo lo que estoy haciendo. Sería mejor rendirse a la evidencia y olvidar.

Muchas veces me he preguntado si, cuando todo termine, de alguna forma, seguiré siendo yo mismo. Me temo que no será así. Simplemente mi conciencia desaparecerá y será sustituida por la de este horrendo parásito que vive en mi interior. Pero sé que mis recuerdos serán absorbidos, que mis experiencias serán fagocitadas, con la terrible intención de ocultarle al mundo que yo, en realidad, sigo siendo la misma persona. Es una evidencia, ya que mis conversaciones con esos doctores me demuestran que guardan recuerdos de sus huéspedes. ¿Quizá también su personalidad, o simplemente la imitan?

¿Habrá otros que sepan lo que está ocurriendo? ¿Habrá otros que luchen contra ellos?

He intentado comer de nuevo. No lo consigo. Creo que debo centrarme en terminar estas notas, transcribir esta experiencia, alertar al mundo de lo que ocurre. Todavía estamos a tiempo de detenerlos. No comprendo por qué no he actuado con más firmeza, por qué no me he enfrentado a ellos con la fuerza. Creo que mi voluntad ha sido alterada con la presencia de la criatura. No me resulta fácil hablar de ello, menos escribirlo. Pensar se ha convertido en un esfuerzo consciente, una lucha continua contra ellos, y hace tiempo que estoy perdiendo. Aquel doctor me dijo que me quedaba poco tiempo. Poco tiempo, ¿para qué?

He ido al cuarto de baño, y he visto mi reflejo en el cristal. Mi rostro se ha convertido en una mancha grotesca, una máscara delirante que cubre incluso mis hombros. Ahora sé que sólo nosotros podemos ver estos síntomas, que resultan transparentes para los demás. Los primeros zarcillos brotan de mis ojos y se introducen por mi boca si en alguna ocasión intento hablar. He llorado, lágrimas de color ámbar que se deslizan por mis mejillas como ríos de oro fundido.

Los últimos días han sido una tortura. He gritado en las calles lo que me ha sucedido, he increpado a las personas con las que me cruzaba su pasividad. He intentado transmitir un mensaje de alarma a la humanidad, pero todos me han tratado como si estuviera loco. Todos, menos ellos. Están allí, entre nosotros. Cada vez me cuesta menos reconocerlos, tan trasparentes se han vuelto para mí sus envolturas corporales. Ellos me reconocen, me miran

con condescendencia. Algunos incluso se acercan hasta mí para compartir algún pensamiento.

—No temas, yo también pasé por esto —me dijo una joven mientras yo gritaba como un poseso en medio de la calle, a la salida de un supermercado.

Los demás me ignoran, como si yo fuera un vagabundo desquiciado. Yo, que traje a la humanidad el contenido de sus mentes; que les proporcioné el medio para descubrir a éstas terribles criaturas que nos esclavizan y nos roban nuestra vida.

He vuelto a pensar en el suicidio. Dios me perdone, pero no puedo hacerlo. No tengo valor para acabar con mi vida, a pesar del terror que siento cada vez que veo mi reflejo en un espejo. Albergo una extraña esperanza: que la muerte me alcance de manera casual antes de perder por completo mi esencia humana. Soy un cobarde, no puedo terminar con esto. ¿Y si, cuando todo termine, sigo siendo yo mismo? Lo ignoro. Me duele la base del cráneo, pequeñas punzadas de dolor como si me pincharan con alfileres de hielo.

Creo que voy a tumbarme un rato. Aquí empieza a hacer frío. Y me duele el cuerpo. Estoy mareado. Creo que me tumbaré y dormiré.

Y cuando despierte, me sentiré mucho mejor.

Sobre El Autor

Santiago Eximeno (Madrid, 1973) ha publicado novelas como *Asura*(Grupo AJEC, 2004), libros de relatos como *Bebés jugando con cuchillos*(Grupo AJEC, 2008) u *Obituario Privado* (23 Escalones, 2010) y libros de ficción mínima como *Capriccio* (23 Escalones, 2011). Es editor de **Ediciones Efímeras** y de **Palabras del Cruciforme**. Mantiene una Web con información sobre su obra:

www.eximeno.com

. o O o .

Imágenes fue editada en 2004 por la editorial Parnaso, coordinada por Gabriella Campbell y Víctor Miguel Gallardo Barragán. Esta versión la libera bajo licencia CC para su descarga gratuita.

. o O o .

Ediciones Efímeras es una editorial cuyo ánimo consiste en promocionar la literatura fantástica, centrándose sobre todo en microrrelatos, cuentos ilustrados y novelas previamente publicadas en Internet. **Ediciones Efímeras** es una editorial sin ánimo de lucro, que ofrece en formato electrónico y de forma gratuita para su descarga las obras de los autores que colaboran con ella. Si es usted editor, y está interesado en publicar esta obra en otro formato o interesarse por otras obras del autor o la editorial, por favor contacte directamente con la editorial en la dirección:

contacto@edicionesefimeras.com
www.edicionesefimeras.com